

ESTADISTICA  
MILITAR, CIVIL Y ECLESIASTICA DE FILIPINAS  
EN 1739.

(Continuacion.)

PROVINCIA DE ILOCOS

La nacion de los Ilocos, del obispado de Cagayan, está contigua á la de Pangasinan en la misma costa Occidental, pero mas superior, hácia Septentrion. Y aunque se juzga ser propios de esta nacion los pueblos desde Agoo en 16 grados 45 minutos de Latitud Septentrional, hasta Bangui, junto á los montes Caraballos, en 18 grados y 50 minutos de la misma Latitud, para el buen gobierno se estiende la provincia de Pangasinan y incluyen en su jurisdiccion los pueblos desde el de Agoo hasta Dalandan, que está en los 17 grados, y 3 minutos. Y desde aquí hasta Bangui es lo que comprehende esta provincia de Ilocos, con 50 ó 60 leguas de largo de Sur á Norte, y con el corto fondo de 6 á 7 leguas de Oeste á Leste, siendo lo mas interior de la tierra de fragosidad, y montes que tiene por confines poblados de varios castas de Infieles; y por la parte del mar playas muy bravas, y mas en tiempos de los vendabales; aunque se hallan buenos puertos en esta costa. Y como en el medio de la referida Longitud está el pueblo de Vigan, su Cabecera, junto á un rio de este nombre, y no distante la villa Fernandina, fundada por Guido de Labezaris, en obsequio de D. Fernando hijo del señor Felipe II.

La tierra habitada de esta provincia es muy fértil de arroz y de carnes y de todo género de frutos propios de este país, con especial el algodón, de que se tejen mantas dobles, y terlingas muy finas de mucha estimacion y permanencia. Sácase mucho oro, así de labaderos, como de rescates, á los igorrotos gentiles. Y en fin, es tierra amena, apacible y fértil, lo que ocasiona pereza para el trabajo en sus naturales, siendo de naturaleza robusta, dócil y hábil, y fuera de la abundancia de su país, se experimentan buenos trabajadores.

Compónese esta provincia de 21 pueblos, y en ellos se numeran 8,865 $\frac{1}{2}$  tributos enteros de la real corona, que producen 13,298 pesos 4 tomines, y 348 fanegas 27 gantas y media de arroz en cada un año: cuya cobranza corre á cuenta del Alcalde mayor segun la posibilidad de los naturales, que sa-

tisfacen parte de dicha contribucion en arroz, á 45 gantas por dos reales; mantas sencillas de 12 varas, por dos reales pieza, y á cuatro reales las mantas dobles de las mismas 12 varas.

Las cargas y gastos usuales de esta provincia se reducen á el 3 por 100 asignado por derechos de la cobranza: 300 pesos salario del Alcalde mayor: la compra de 5 fanegas de arroz, 4 mantas dobles, 4 sencillas 25 quintales de algodón, para provision de los almacenes: la paga de conducciones de lo que se contribuye en especie: avíos de las embarcaciones que lo transportan á Manila y los estipendios de los Padres Ministros de esta jurisdiccion. Importan 9,298 pesos 4 tomines.

Computado el monto de la contribucion, y el de las cargas gastos usuales, se deducen 4,000 pesos efectivos para la real casa de Manila en cada un año; mas, ó menos, segun las ocurrencias.

PROVINCIA DE CAGAYAN.

Desde el ya referido pueblo de Bangui, en que acaba la jurisdiccion de la provincia de Ilocos, empieza por lo mas alto Septentrional de la isla de Luzon, la provincia de Cagayan, de distinta nacion y idioma desde Cabicungan, hasta Vangae, pueblos de Poniente á Oriente; desde el cabo Boxeador, hasta el cabo del Engaño, como 25 leguas de distancia por la costa, que mira al Norte. Y á las 19 se halla en Aparri el rio grande de Lalló, que por lo caudaloso puede competir con el Danubio, ó merecer el nombre, que los españoles le han dado, de Tajo. A sus orillas, 5 leguas tierra á dentro hácia el Sur, se halla la Ciudad de la Nueva Segovia, conocida tambien con el nombre de Lalló, que la dió su rio: en que tiene su asiento la silla episcopal del obispado de Cagayan; es Cabecera de esta provincia, donde reside su Alcalde mayor; y está sita una de las fortalezas, que en estas islas tiene la corona real, de cuya situacion y circunstancias, ya se dió razon en otro lugar.

Se interna la jurisdiccion de esta provincia, por las cercanías del rio Tajo, ó Lalló, hácia el Sur, hasta 40 leguas de largo, por varios pueblos desde el de Aparri, hasta el de Itugud, donde hay una fuerza real; pero tres jornadas mas adelante se reconoce la extension de esta nacion, hasta el pueblo de Bayombon, último del partido llamado Paniqui, confinando por aquí con los montes de los Igorrotos, Italones, Ituyes, y otras nacio-

nes bárbaras, que pertenecen á las provincias de Pangasinan y Pampanga; siendo lo mas ancho, á que se dilata esta provincia de 15 á 20 leguas, interponiéndose unos montes inaccesibles, que la ciñen por ambas bandas.

Desde el cabo del Engaño, corriendo hácia el Sur la costa, que mira al Leste, llega la jurisdiccion de esta provincia, hasta distancia de 46 leguas; siendo despoblada toda aquella costa; en que solo se halla el pueblo de Palanan.

Tambien se estiende á las islas Babuyanes, que se hallan al Norte sobre el cabo de Boxeador distantes, la principal, 8 leguas. Estas son varias isletas boxas, que corren hasta isla Hermosa; pero su gente está hoy reducida á una sola isleta, que se llamaba Juga; y esta es la que se llama hoy por analogía los Babuyanes, de poco boxeo, y número de tributos; pero rinde buena cera y ebano; y es abundante de frutas; cuyos habitantes son los cristianos naturales de las otras islas, y congregados en esta. Sobre el cabo del Engaño, hay otra isleta baja llamada Camiguin, sujeta á esa jurisdiccion de Cagayan, semejante á la otra en calidades, y gentes. Y de una y otra se omite la demarcacion por ser isletas bajas, pequeñas y de poca entidad.

Los frutos de todo este país, son aceite, cera, brasil, ebano, y otras maderas de estimacion; no lo son menos los texidos de algodón, y las carnes y pieles de venados; en todo lo cual trafican los naturales. Y aunque es tierra muy fértil, es fria, por lo mas arrimada al Norte, y desabrigada á los vientos, con que suele esterilizarse.

Los naturales son valerosos y de teson para el trabajo, aplicado á las armas y al arado, y las mugeres á los texidos. Numeranse veinte y ocho pueblos; y en ellos 5,218 y medio tributos enteros de la real corona, que producen 6,523 pesos 1 tomin en cada un año; cuya cobranza corre á cuenta de su Alcalde mayor, segun la posibilidad de los naturales, que satisfacen parte de dicha contribucion en arroz, á 42 gantas por cuatro reales, y en aceite de cocos á 14 gantas por un peso.

Las cargas gastos usuales de esta provincia se reducen á el 3 por 100 asignado por derechos de la cobranza. Los sueldos, y raciones de la gente de guerra de aquel presidio de la Nueva Segovia y puestos dependientes, en que está incluido el salario del Alcalde mayor de 300 pesos. La

paga de conducciones de lo que se contribuye en especies, y los estipendios de los Padres Ministros de doctrina de esta jurisdiccion, importan 3,523 pesos 1 tomin.

Computado el monto de la contribucion y el de las cargas gastos usuales, se deducen 2,000 pesos efectivos para la real casa de Manila en cada un año, mas ó menos, segun la variedad de ocurrencias.

#### PROVINCIA DE LA LAGUNA DE BAY.

En la misma isla de Luzon, y Arzobispado de Manila, á distancia de esta Capital de mas de 6 leguas de barra á barra Oes-Sudueste, Les-Nordeste, está la celebrada Laguna de Bay, vecina de la de Bombong, por cuyo medio se cree se comercia con el mar. Es de 37 leguas de boxeo, y origen del rio que pasa por esta Ciudad, lamiendo sus murallas, para desaguar en la bahía por su barra.

En toda la circunferencia de esta Laguna, á sus orillas, y por partes internada (cuando mucho hasta 6 leguas) por las tierras y montes de su cercanía, está estendida con su jurisdiccion la provincia, á quien dió el nombre la Laguna, que la baña, y aun la figura; siendo los dos términos de su redondez Tunasán, Binangonan, cuya distancia de 6 leguas de frente á frente no permite cerrar en esta provincia el círculo de la Laguna. Tiene en Pangsang su Cabecera, donde reside el Alcalde mayor, por ser pueblo situado casi en la medianía de la provincia, que es toda tagala. Y sus confines son otras provincias sujetas, que la circundan.

En el pueblo de Maynit ha habido desde la antigüedad unos ojos de aguas medicinales sulfúreas, y para el beneficio de los baños, tres vapores de ellas; ha sido muy antiguo el Hospital llamado de los Baños, y muy celebrado por su fábrica sumptuosa, y de singulares providencias, y por el esmero de la Religion Seráfica en sus prontas asistencias. Hoy está llorando su ruina, por un casual incendio del año de 1676: cuyo reparo no ha podido suportar esta real casa aunque corre á su cuenta la manutencion posible de un beneficio tan necesario, como comun.

Los frutos que rinde esta provincia son, trigo, tabaco, mongos, frijoles, cachumba (azafran de esta tierra, que es el alazor) arroz, aceite, y vino de cocos, bonga y buyo, y en los montes de la circunferencia maderas de varios géneros muy proporcionados para las fábricas de galeones como

se experimenta en los conntíuos cortes de muchos años.

En estos géneros trafican los naturales, sin tener otro oficio ó industria para pasar la vida: pues la redundancia de la Laguna les tiene á los pueblos robadas las sementeras, á causa de estar cegadas las barras: cuyo remedio se providenció por este Gobierno, en que se está trabajando ahora, con todo el esfuerzo de la Ciudad de Manila.

Compónese esta provincia de veinte y ocho pueblos; en que se numeran 6,795 tributos enteros de la real corona; que producen 8,493 pesos 6 tomines; y 283 fanegas y 6 gantas de arroz en cada un año: cuya recaudacion está de cuenta de su Alcalde mayor, segun la posibilidad de los naturales, que satisfacen parte de dicha contribucion en arroz, á 55 gantas por cuatro reales.

Las cargas gastos usuales de esta provincia son el 3 por 100 asignado por derechos de la cobranza, el salario de 300 pesos para el Alcalde mayor, la compra de 250 tinajas de aceyte de cocos, 330 cargas de trigo 60 fanegas de frijoles, 412 quintales y medio de estopa de bonote, para provision de los reales almacenes, la paga de la conduccion de estas especies, y avios de las embarcaciones que las transportan á Manila, y los estipendios de los Padres Ministros de doctrina de dicha jurisdiccion. Importan 6,493 pesos 6 tomines.

Computado el monto de la contribucion, y el de las cargas gastos usuales, se deducen á 2,000 pesos efectivos para la real casa de Manila, en cada un año; mas ó menos, segun las ocurrencias.

#### PROVINCIA DE BALAYAN.

La provincia de Balayan, ó Taal, llamada Comintang en la isla de Luzon, y Arzobispado de Manila, tiene su jurisdiccion tan estrechada de otras, que solo se estiende lo largo de ella, á 20 leguas, y lo ancho á 12: siendo sus confinantas por varias partes las provincias de Tayabas, de la Laguna, de Tondo, y jurisdiccion de Cavite, y la de Mariveles, que la rodean y hacen espaldas; y ella hace frente al mar del embocadero, por su propia costa, hasta darse la mano con la de Tayabas por la una banda, y con la punta de Santiago por la otra; en cuyo distrito asiste el Alcalde mayor en el pueblo de Taal, como en su Cabecera.

A veinte leguas de distancia de Manila, y legua y media de la ensenada de Taal

y Balayan, tierra á dentro, está la Laguna llamada Bombong, con quien se cree tiene comunicacion el mar, por lo abundante, y exquisito de sus pescados; y que tiene tambien paso al mar, para la grande Laguna de Bay, distante de la otra 6 leguas escasas. Formóse esta Bombong, por haberse hundido un monte en aquel lugar, dejando en la Laguna por señal un moguete, que es un volcan de fuego, que siempre respira llamas: de que resulta ser sus inmediatas aguas tan nocivas, que matan á los pescados que se acercan.

En esta tierra se hallan vestigios de antiguas minas de oro, que no le rinden, por lo impracticable de su beneficio. Es tierra proporcionada para trigo, y para cebollas y ajos, aunque nunca llegan á la magnitud de Europa. Es fértil de arroz y algodón, de que se labran allí algunos tejidos. Abunda en palmas de yonote, de que se saca el cabo negro, y de este la xarcia negra en la Real cordonería, para el aparejo de las naos, y embarcaciones de cuenta de S. M.

Los naturales de esta provincia trabajan y trafican en los dichos géneros. Son tagalos, y iguales en calidades á los de otros partidos. Componen solos 10 pueblos; y en todos se numeran 1,995 tributos enteros de la Real corona, que producen 2,493 pesos 6 tomines, en cada un año: cuya cobranza corre á cuenta del Alcalde mayor de esta provincia, segun la posibilidad de los naturales, que satisfacen parte en arroz á razon de 60 gantas por cuatro reales.

Las cargas gastos usuales de esta provincia se reducen á el 3 por 100 asignados por derechos de la cobranza, el salario de 300 pesos del Alcalde mayor, la compra de 18 fanegas de arroz y 165 cargas de trigo, la paga de la conduccion de estas especies, el socorro de los repartimientos, y oficiales que trabajan en la colcha de xarcia negra, que se fábrica en esta provincia, para el aparejo de naos del Rey, avios de las embarcaciones, que lo transportan á Manila, y estipendios de los Padres Ministros de doctrina de esta jurisdiccion. Importan 493 pesos 6 tomines.

Computado el monto de la contribucion, y el de las cargas, resultan 2,000 pesos efectivos para la Real casa de Manila en cada un año; mas, ó menos segun las ocurrencias.

#### PROVINCIA DE TAYABAS.

La provincia de Tayabas, así llamada por

el nombre del pueblo de su Cabecera, pertenece toda al obispado de Camarines, aunque es de la nacion tagala. Empieza su jurisdiccion desde Lucban, pueblo de los montes, que estan sobre la Laguna de Bay al Sueste de su Cabecera Pagsanghang, y se vá estendiendo al mismo rumbo por la tierra mas angosta de la grande isla de Luzon, que se interpone entre los dos mares de Norte y Sur: de modo, que pertenecen á esta provincia las dos costas de uno y otro mar, por el del Sur hasta cabeza de Bondoc, y por el del Norte, hasta Capalonga, donde se termina la lengua tagala; con el grueso de esta tierra, que será de 5 á 6 leguas, y de 18 por donde mas; siendo lo largo de 23; y todo circunferencia de 111.

Tambien se estiende hácia el Norte desde el puerto de Mauban por toda aquella costa al puerto de Lampong, y pueblos de Binangonan, Umerey, Valer y Casiguran, distancia de 24 leguas, pero con poco fondo, por tenerle ocupado y dominado innumerables infieles bárbaros, que son los mismos confinantes de la provincia de la Pampanga, en cuya reduccion se trabaja por medio de Misiones vivas de Religiosos de San Francisco por esta costa; y de los de San Agustin por la Pampanga.

Poco apartadas de la costa de Binangonan hay muchas isletas despobladas, y con poblacion una de ellas, llamada Polo, perteneciente tambien á esta provincia, que corre al Nor-Nordeste 8 ó 10 leguas de largo, y de 4 de ancho, cuyo boxeo será de 24 á 26 leguas.

Los frutos de toda esta costa, y isla de Polo, son de mas nobleza, y valor, que todos los de esta provincia, pues son el oro, el sigay, que son unos caracolillos del mar, moneda corriente en Siam y Bengala, el balatan, pescado muy cálido, en que comercian los chinos; cera, tabaco, aceyte, manteca, tasajos de venados y de jabalíes; y sobre ser en suma abundancia la pesca, se logra tambien la de atunes. En lo restante de esta provincia se saca el aceite de lumbang bueno para galafatear embarcaciones; la brea, bonote y esteras ó petates labrados curiosamente con labores de varios colores. Es muy poco el arroz que se coje; por lo que está esta provincia relevada de esta especie, que la commuta en reales.

Los naturales son bien dispuestos y trabajadores, ocupados en los tráficos de sus géneros, sin tener mas oficios ó habilidades. Componen 16 pueblos, con 1612  $\frac{1}{2}$  tributos

de la Real corona; que rinden 2,015 pesos 5 tom. en cada un año; cuya recaudacion está á cargo del Alcalde mayor, segun la posibilidad de los naturales, que satisfacen parte de la contribucion en arroz á razon de 2 fanegas y 14 gantas por cuatro reales.

Las cargas gastos usuales de esta provincia se reducen á el 3 por 100 asignado por derechos de la cobranza, el salario de 300 pesos del Alcalde mayor, la compra de 500 quintales de brea, la paga de la conduccion de esta especie, avios de las embarcaciones, que las transportan á Manila, y los estipendios de los Padres Ministros de doctrina de esta jurisdiccion. Importan 1,015 pesos 5 toneladas.

Computado el monto de la contribucion, y el de las cargas, se deducen 1,000 pesos efectivos para la Real casa de Manila en cada un año, mas, ó menos, segun las ocurrencias.

#### PROVINCIA DE CAMARINES.

La provincia de Camarines de distinta nacion, y dioma, tiene su Cabecera en la Ciudad de Nueva Cáceres, fundacion del Gobernador D. Francisco de Sande, conocida por el pueblo de Naga, donde está la silla del obispado de este nombre. Se estiende la jurisdiccion de esta provincia hácia al Sueste cuarta al Sur 27 leguas recta, siguiéndola tierra mas angosta de la grande isla de Luzon, desde Capalongan, término de la ya dicha provincia de Tayabas, hasta Cagsaúa, confinante de la de Albay; siendo lo mas ancho de esta tierra, como de 16 leguas; y las de su boxeo inciertas como 100, por sus Lagunas, y por las puntas, y ensenadas de sus costas de los dos mares de Norte y Sur, por donde corre esta provincia con algunos puertos de fama.

Hállase en sus términos y cerca de Capalongan, la antigua Mina de oro de Paracale, de cuyo beneficio no se trata en este tiempo; pero rinde esta provincia bastante oro en polvo, y de labaderos en varias partes de su distrito. Son muchos los gatos de algalia, de que se saca esta con abundancia y estima.

Rinde esta tierra mucho arroz, cera, aceyte de cocos; y es llaua, fértil y alegre con varios árboles, rios y Lagunas, abundantes de buena pesca. El abacá, que suple el cáñamo de Europa, es el género con que trafica mas esta provincia; pues de él echan telas, que llaman guinaras, para el comun vestuario de los naturales, y para sacar á otras provincias; y del abacá se hacen cuerdas,

en que trabaja aquí la Real cordonería. También se hacen sombreros finos, y bastos tejidos del nito, y de otros arbustos; y algunas petacas grandes y pequeñas curiosamente labradas, con tejidos de varios arbustos teñidos de colores: y en todos estos géneros comercian los naturales.

Estos son de mejor presencia que los tagalos, mas corpulentos y robustos; pero poco amantes de su patria, pues la desamparan los varones, por venir á servir á Manila.

Los confinantes de esta provincia son las dos provincias obedientes de Tayabas y de Albay; pero en los montes de su circunferencia hay muchos aetas bárbaros y cimarrones apóstatas, ó fugitivos, bien perjudiciales á los circunvecinos pueblos; para cuya reduccion hay algunas misiones vivas de Religiosos Franciscos.

Se compone esta provincia de 35 pueblos, y en ellos se numeran 7,512 tributos de la Real corona: que rinden 9,390 pesos, y 313 fanegas de arroz en cada un año: cuya cobranza está á cargo del alcalde Mayor, segun la posibilidad de los naturales, que satisfacen parte de dicha contribucion en arroz, á razon de 2 fanegas y 14 gantas por cuatro reales.

Las cargas gastos usuales, se reducen al 3 por 100 asignado por derechos de la cobranza, el salario del Alcalde mayor de 300 pesos, la compra de 125 tinajas de aceyte de cocos y 550 quintales de abacá, los socorros de los repartimientos, y oficiales que colchan la xarcia de dicho abacá, que se fabrica en esta provincia, la paga de conduccion; avios de las embarcaciones, que transportan dichos géneros á Manila, y los estipendios de los Padres Ministros de esta jurisdiccion. Importan 7,390 pesos.

Computado el monto de la contribucion, y el de las cargas gastos usuales, se deducen 2,000 pesos efectivos para la Real casa de Manila, mas ó menos, segun las ocurrencia de cada un año.

#### PROVINCIA DE ALBAY, Ó IBALON.

La provincia de Albay, llamada antiguamente Ibalon, del Obispado de Camarines, ocupa la última parte de tierra, y la mas angosta de la grande isla de Luzon, desde la ensenada grande, y pueblo de Albay, su Cabecera, hasta Bulusan, 12 leguas de largo Norueste Sueste; y desde la punta de Tigbi, hasta Marigondon 12 leguas de ancho Nordeste cuarta al Norte, y Sueste cuarta al Sur, con la circunferencia de 64 leguas,

con poca diferencia: salvo la que ocasionan en estas medidas las puntas, ensenadas y puertos, que se hallan en esta tierra.

Se estiende tambien esta provincia y su obispado fuera de los límites de la isla de Luzon, á la de Catanduanes, que está tendida Norte Sur con 10 leguas de largo, 7 de ancho Leste Oeste; y como 30 de boxeo en figura irregular cuadrilátera; distante 7 leguas de dicha punta de Tigbi, á su Leste cuarta al Norte; y no distante de S. Bernardino. Tierra por cierto desabrigada al Norte, y sus playas tormentosas por los muchos bajos que la circundan. Pero fértil de arroz, aceite de cocos, cera, miel y oro con alguna abundancia en los muchos rios que la bañan; y con especialidad el de Catandungan, de donde tomó el nombre la isla. Cuyos naturales son corpulentos y esforzados, y las mugeres muy varoniles. Se emplean estas en labrar las sementeras, y aquellos en fabricar embarcaciones (porque abundan de maderas proporcionadas) y hacen con ellas su comercio en otras provincias.

Tambien se dilata la jurisdiccion de esta provincia y del obispado de Camarines, á la isla de Burias, que cae al Sudueste de Marigondon con distancia de 3 leguas. Corre esta Norueste Sueste 11 leguas de largo, y como 4 de ancho, y boxea 26. La isla de Masbate pertenece tambien á esta provincia, corre Norueste Sueste con 17 leguas de largo, 7 de ancho, y 40 de boxeo, en la figura de un brazo encorbado. Y á su Norte la isla de Ticao, tambien de esta jurisdiccion, que corre Sueste cuarta al Sur, y Norueste cuarta al Norte 8 leguas de largo, y 4 de ancho, boxea 20 leguas. Todas estas tres islas tienen poca distancia de la Luzon, hácia al Sur; y poca tambien entre si mismas. Lógrase algun oro en las antiguas minas de Masbate, de que hay solos vestigios. Burias abunda en las palmas de Buri, que le dan el nombre. Y los frutos propios de la tierra, serán solo suficientes para la manutencion de sus naturales. Y estos aunque mas montaraces, son de las calidades de los de Albay y Camarines. En todas estas isletas hay buenos puertos; siendo mas señalado el de Ticao, por la conveniencia de la agua y leña, que allí hacen los navios de la carrera de Nueva España, donde estan abrigados, esperando que los vendavales les abran el viaje con sus collas.

Hállanse en esta provincia dos volcanes de fuego, el de Bulusan y el de Albay lla-

mado Mayon; pero este se tiene por el olimpo de setas islas, y de figura tan bien formada, que en su grande elevacion representa un pilon de azúcar, sin la menor desigualdad á la vista; lo cual ocasionan las cenizas, y tierra, que envueltas en fuego vomita por la cumbre, siendo continuo el humo que exhala; y oyéndose el ruido del quebranto de piedra de sus entrañas, á distancias de algunas leguas: y tal vez han corrido rios de fuego con daño de las poblaciones circunvecinas, de que se ven bastantes señas en toda la circunferencia de su falda en cuyo distrito suena á hueco la tierra, y se teme le llegue á este soberbio monte su ruina, como á otros de estas islas.

También descienden de este apilonado monte algunos arroyos de aguas: y en algunas de ellas se experimenta la maravilla de convertir en piedra todo lo que cae en ellas.

Los frutos que rinde esta provincia de Albay son, abacá, aceite de cocos, cera, patatas y guinaras, al modo que en Camarines: siendo estas dos provincias muy semejantes, aun en sus naturales y temperamentos.

Numéranse 15 pueblos de toda esta jurisdiccion, con 3,481 tributos enteros de la real corona: que producen 4,351 pesos 2 tomines; y 145 fanegas 2 gantas de arroz, en cada un año: cuya recaudacion está á cargo del Alcalde mayor, segun la posibilidad de los naturales, que satisfacen parte de dicha contribucion en arroz, á razon de 2 fanegas y 14 gantas por cuatro reales.

Las cargas gastos usuales de esta provincia se reducen á el 3 por 100 asignado por derechos de la cobranza, el salario del Alcalde mayor de 100 pesos, la compra de 62 tinajas y media de aceite de cocos, y 687 quintales y medio de abacá, los socorros de los repartimientos y operarios para la xarcia de este género, la paga de conduccion y avíos de embarcaciones para el transporte de estas especies á Manila, y los estipendios de los Padres Ministros de doctrina de esta jurisdiccion. Importan, 2,351 pesos 2 tomines.

Computado el monto de la contribucion, y de las cargas, se deducen 2 pesos efectivos para la real casa de Manila, en cada un año; mas, ó menos, segun las ocurrencias de los tiempos.

(Se continuará.)

## UNA VISITA

AL P. JUAN DE CAPAS Y A SUS AETAS EN 185...

RECUERDOS DE UNA EXPEDICION AVENTURERO-FILOSÓFICA DE UN BAGO DE ANTAÑO CONTADOS A UN BAGO DE AHORA (\*)

### I.

Carta al bago de 1875.

No podrá V. figurarse, mi querido poeta, cuan honda tristeza me produjeron sus opiniones y confianzas en nuestra última entrevista. Al separarnos, se enredaron las ideas en mi imaginacion, dándome no poco que hacer el desenmarañar la madeja, porque necesitaba explicarme el fenómeno moral que V. significa á mis ojos. He aquí un excelente jóven, me decía, que parece en realidad muy desgraciado: es imposible resista largo tiempo esa tension de espiritu que revelan sus palabras y su conducta. Con instruccion, con sentimientos y maneras que patentizan educacion esmerada, favorecido con dones de la naturaleza, sin ansiedad ni dificultades de la vida, todo le sonríe, y sin embargo, sufre. Nada es de su agrado aquí, todo le parece pequeño y grotesco, las gentes y las cosas se le hacen insoportables, huye del trato, está privado de toda expansion y goce del alma, y afligido constantemente de una sobrecitacion nerviosa, acabará por sucumbir, ó sucederá una cosa peor: dará la gran caida del angel soberbio, descendiendo de una digna útil y noble existencia, á infectas gradas en que, á manera de hongos venenosos, se desarrollan el indolente sensualismo y la mas egoista indiferencia hacia la mision de las naturalezas privilegiadas.

Al fin, y en mi manía de sugetar los hechos á leyes generales, creí ver un poco claro, y hoy ya no me cabe duda

(\*) Para los lectores del exterior, parece oportuno advertir que con la palabra tagala *bago*, que significa *nuevo*, se designa en Filipinas á los peninsulares recién llegados.

de que V. mi querido amigo, no es enteramente el fenómeno que yo creí al primer momento, sino un producto resultante de la lucha de una hermosa alma con el ser artificial, refinado, quinta esencia de ideas y costumbres que constituyen la esquisita y abigarrada civilización de la época, á uso y placer de la pleyade lucida que principia á dominar el mundo. Para ella, en moral, es bueno todo lo que produce utilidad ó placer, regla dentro de la cual son compatibles fieros arranques de pundonor y el pasatiempo de seducir la esposa ó la hermana de un amigo; en religion alternan, segun los vientos de la política y de la moda, un falso mogigatismo y el criterio de aquel mandarin que decía á un misionero:—«Apenas tengo tiempo para los cuidados presentes, y V. quiere que me caliente la cabeza con cabilaciones de otra vida...!» En política y administracion, los amigos. Para todo, indiferencia, sarcasmo, volubilidad, escepticismo, de manera que la inteligencia resbale suavemente por la superficie de los mas trascendentales problemas y de los objetos, prefiriendo á la reflexion las impresiones y los contrastes, siempre, como dice Campoamor,

Así, de prisa, de prisa,

Todo al vuelo, todo al vuelo,  
para que los gustos y el carácter lleguen á encontrar á presencia de un bien bailado *can-can* plácido descanso trás eruditas disertaciones filosófico-literarias. Tal es el tipo segun se va desarrollando al calor de la atmósfera de los casinos y cafés, de los bufos y del jardin Mabille ó lugares parecidos, y de ciertos salones, y mas que nada, de la enseñanza y ejemplos que resultan del vacío, por todas partes, de caracteres y de conciencias.

Mas apesar de su burlona sonrisa ante lo sencillo, lo sério, lo trascendental, que no está moldeado en la turquesa parisien, hace V. traicion á su escuela algunas veces. Su corazon tie-

ne calor aun; he sorprendido en V. sentimientos; su talento clarísimo no necesita mas que asomarse á los grandiosos horizontes de la ciencia, poniendo á su servicio y encadenada esa brillante imaginacion, para percibir bien y crear; en una palabra, no hace á V. falta mas que sacudir su elegante amaneramiento para ser feliz y para ser útil á sus semejantes en este y en cualquiera otro país; mas aun, para comprender que en este puede V. encontrar para los mas puros goces del espíritu una variedad y un campo sin limites, cuales no podrían ofrecérselos las primeras capitales de la culta Europa.

Deje V. por Dios su perenne y artificial costumbre de la burla, y sobre todo, no me vuelva á decir:—¿que se ha hecho aquí hasta ahora?—Yo no podía contestar á V. porque á los ciegos no se puede hablar de la luz y de los colores; pero sí debo preguntar, á mi vez, á los que piensan como V., encarnacion sempiterna de todas las negaciones:—¿qué podrán hacer en ningun tiempo y en ninguna parte los que no se consideran obreros del progreso, sino llamados por derecho divino á disfrutar del trabajo de los demás?

Medite V. en ello, y cuando principie á comprenderme, que espero será pronto, diré á V. tambien de qué manera creo se debe preparar un hombre del talento y de la instruccion de V. á lo que podríamos llamar sacar partido de las circunstancias, convirtiendo en el mas hermoso verjel, en manantial inagotable de salud y de las mas agradables y puras sensaciones, lo que parece á V. árido y repulsivo campo á sus ideas, aficiones y carácter.

Muy diferentes fueron mis impresiones de *bago*; pero tambien carecía de esa preparacion, y perdí todas las ventajas que me debía prometer de la buena voluntad con que me identifiqué con todo lo que me rodeaba, mirándolo y acep-

tándolo por su lado mas agradable, contra otra clase, no menos triste, de preocupaciones que entonces dominaban. En el relato de mi primera expedición al interior, que para V. escribo y puede dejar de leer cuando le parezca pesado, intento dar á V. una idea de esas diferencias. Si llega V. hasta el final, tal vez sea este un síntoma de su curación, y nos podremos entender después mas facilmente.

## II.

Un bago que tambien se aburría.

Como habia hecho paciencia para medio año, y no llegó á tanto aquel paréntesis de la vida llamado viaje por el Cabo, desembarqué en Manila en la disposición de espíritu que algunos meses antes me apeaba del tren en Aranjuez con el mismo cigarro encendido en la estación de Madrid. Ni el trato y relaciones con los combarcanos, que tenían algo de comun con la vida de familia económicamente viajando en galera, ni el embravecido mar, ni la monotonía de las impresiones, nada me llegó á impacientar hasta el punto que tres meses de residencia en Manila bajo la férula protectora de dos amigos muy prácticos, antiguos, con mucha y justificada autoridad sobre cosas de Filipinas. El uno, hombre de compás, de la regularidad mas perfecta en todas sus cosas, llevaba ya diez años de país cuando yo caí aquí como llovido del cielo. Este tomó á su cargo atestarme la cabeza de máximas de higiene del alma y del cuerpo, por cuya práctica rigurosa habia él llegado á asimilarse de tal manera á una planta, que vejetaba mas bien que vivía. ¡Santo varon! su objetivo era una buena pensión de cesantía, y los medios, el pasar como en beatífico letargo el tiempo necesario para llegar á él. Vivíamos juntos, y en la mesa me afligía mas que á Sancho el doctor Recio; me llevaba en coche de sopandas todas las tardes á

la Calzada, donde cambiábamos igual número de saludos siempre con las mismas personas, y los domingos, se salía mas temprano para dar «la vuelta chica de Paco.» No habia pasado en los diez años el puente grande mas que tres veces, y esas de ceremonia, para saludar nuevas autoridades en Malacañan. No siendo en cuestiones de higiene, que eran su fuerte, nunca daba opinion sobre nada: escuchaba la de los demás con benévola sonrisa, graciosos y significativos movimientos de cabeza, mas acentuados afirmativamente, en razon directa con la posición del que hablaba; y tal debia ser su ciencia en este punto, que ha llegado á pasar por oráculo en las mas árdidas cuestiones.

El otro protector era mas echado para adelante y con sus ribetes de cuco. Me introdujo en las tertulias-tiendas de un chino y de una botica en la Escolta donde se sabían y decían todas las cosas que pasaban, las que no pasaban y algunas mas; y conocido mi afán de estudiar costumbres, me llevó tambien á varias casas en dias de fiesta del barrio, no disgustándole las animadas escenas de jamon, pabo, chocolate, polka y canciones con acompañamiento de arpa, que aun no habia tres pianos en toda la capital. Ambos tipos se completaban mutuamente, se entendían con una mirada y vivían en el mejor acuerdo.

El Manila de 1853 y 1854 sin paseos, sin teatros, sin periódicos, sin lugares públicos de reunion, y con la quinta parte de gente de buen trato, en todas las clases, que tiene hoy, era muy triste residencia para las personas que no saboreaban el placer de la murmuración mas desenfrenada como habitual pasatiempo. En ella empleaban toda su actividad los tipos mas comunes de la época, que ahora escaséan, de hombres, aun jóvenes, macilentos, de calculada, tarda é incorrecta locucion cuando se les hablaba de asuntos serios, que

sentían como hormiguillo é irritación interior cuando oían hablar de un progreso cualquiera, que al andar arrastraban los piés, elegancia suprema entonces, que parecían aniquilados por el clima y hubieran dejado al mundo caer antes que levantar un dedo si esto bastaba para impedir la catástrofe; pobres diablos en el fondo, medianamente simples, que deseaban pasar por hábiles y solapados, corriendo algunas veces, y esto no era de suponer en sus intenciones, el peligro de que se les creyera maliciosos. La gente de ahora, formando mas vastos círculos en todas las clases y con menos intimidad aparente, se divierte mas, se mueve mas, goza mas salud, se ocupa menos de agena vida privada, no bosteza como la antigua cuando se habla de ciencias, literatura y artes; con todos los defectos que se la quieran atribuir, constituye base para un renacimiento glorioso bajo dirección con elevadas miras; y digo renacimiento, porque hay en la historia de Filipinas periodos de abatimiento profundo despues de asombrosos esfuerzos por nuestra raza en la cual desbordan vitalidad y corazón.

¡Que goza la gente ahora mas salud! He aquí una proposición que algun lector encontrará aventurada. Yo apelo á la memoria de los antiguos, y á los mismos archivos de la administración pública, donde se encontrarán datos sobre los numerosas licencias que se daban á funcionarios civiles y militares, motivadamente, para ir á curar fuera del país los mas penosos y crónicos padecimientos. ¡Semblante filipino! oí llamar en Cadiz al de alguna persona que en su demacración y color cetrino revelaba dolencias hepáticas. Hoy son poco numerosos, por fortuna, esos casos, relativamente á la población. ¿En que consiste la diferencia? Se come mejor, dicen muchos: yo creo que se puede decir tambien: se hace vida mas higiénica, menos sedentaria, mas distraida. Se mueve la gente mas, la circulación de

la sangre es mas activa porque los pulmones se alimentan con aire de mejores condiciones para la vida, que la atmósfera de viviendas sobre cloacas sin corriente. El primer paseo, de la Luneta, se construyó en 1855. Fué un acontecimiento, casi un escándalo, la audacia de tres señoras, que á principios de 1857 pasearon allí una tarde. ¡Nunca se habia visto tal! Se dividieron los pareceres sobre si habia sido ó no una grave inconveniencia ú otra cosa peor aquel hecho, que dió motivo á que, en reyerta matrimonial, lanzase á una de aquellas infelices su marido, en tono de reproche, esta profunda observación que pone Laboulaye en uno de los personajes de *París en América*:—«Es necesario obrar «como todo el mundo, porque V. no puede «tener la pretension de ser mas sabia «y mas virtuosa que las demás.»

Por fortuna, y juzgada la cosa á estilo del país, esto es, por los antecedentes y circunstancias de las personas, no pasó de pecado venial, que otras fueron imitando. Es bueno recordar el hecho á las señoras y bellas niñas que en tanto número acuden ahora á buscar esparcimiento *y salud*, sin que ellas sospechen esto último, en el bonito aunque poco ventilado paseo de Magallanes.

Ello es que, á poco tiempo de aquel régimen higiénico que probaba tan perfectamente á mis sabios mentores, se fué apoderando de mi una hipocondría que pronosticaba mas sérios padecimientos. Aquella vida sin actividad, sin emociones, de uniformidad desesperante, iba minando lentamente mi salud: sentía algo parecido á axfisia. Conociendo á tiempo el peligro, resolví romper las ligaduras y volar. Aun me retoza la risa en el cuerpo cuando recuerdo la conversación con mis amigos en una noche, á la hora de la tinola, sobre mis instintos y resolución hácia las aventuras.

—¿Saben VV., les dije, que voy á hacer un pequeño viaje?

—¡Cómo! ¿Le trasladan á V.?

—No; es simplemente de salud, recreo é instruccion. He pedido licencia por un mes y voy á recorrer algunas provincias inmediatas. Siento gran necesidad de aire, de ver follage, de conocer algo esta tierra, y sobre todo, de interrumpir la monotonía de esta vida, que no sienta bien á mi carácter, ideas y temperamento.

La sorpresa de mis dos amigos fué extraordinaria al oirme. El mas sesudo espresaba en su fisonomía algo como terror y compasion: la del otro una gran curiosidad. No les había ocurrido hasta entonces la posibilidad de tropezar con el fenómeno psicológico que yo les ofrecía en aquel momento.

—Pero ¿es que habla V. con formalidad? me dijo uno de ellos. ¿Sabe V. lo que es viajar en Filipinas? ¿Qué demonios se le pierde á V. por esos bosques y sementeras?

—Ya estoy un poco enterado de que no se encuentran restaurants, ni medios abundantes de locomocion; pero yo soy hombre de gustos sencillos, robusto, de pocas necesidades, y llevaré previsto lo indispensable, compensándome la privacion de lo supérfluo el placer de algunos cambios de horizonte.

—Poco á poco, Señor mio, con poesías en esta tierra. No se trata de pequeñas dificultades sinó de verdaderas imposibilidades, que debemos manifestar á V. por conciencia. No encuentra V. carruages, ni casas de parada, ni nadie que le dé á V. lo que necesite, á no ser que vaya V. de convento en convento suplicando hospitalidad á los párrocos, lo cual, como V. conoce, no lo debe hacer nadie que no vaya provisto de cartas de presentacion ó referencias...

—Es claro.

—Si V. no las lleva, irá á parar á las casas tribunales donde, como dice nuestro clásico, toda incomodidad tiene

su asiento, costándole mucho dinero, paciencia y contrariedades cualquiera cosa que necesite.

—A pesar de eso, iré.

—No sea V. terco y caprichoso. Hable V. con otras personas, entérese bien y déjese de aventuras que nosotros no hemos corrido ni hemos necesitado para encontrarnos bien en Manila.

—Ya he indicado á VV. que me lo pide el cuerpo.

—Nada, nada, ideas de *bago!* ya pensará V. mañana de otro modo.

Con esto nos separamos, quedando yo mas animado á la realizacion de mi proyecto en vista de la prevencion con que lo miraban los dos hombres que se habían propuesto acomodarme á sus hábitos de caracol.

Como yo no tenia prisa, y era mi principal objeto gozar algunos dias de la mas amplia independendencia personal, saciando mi afan de ver campos y gentes que no la cohibiesen, fuí apuntando, con calma, los consejos que me dieron otros amigos, lo que me pareció mas fácil y mas barato; y acompañado de un criado, algun dinero, cortas y escogidas provisiones, me encontré una madrugada corriendo en ligero carruage propio al cual servía de fuerza motriz un ligero caballo alquiler, y mas contento que en su primera salida D. Quijote por el campo de Montiel.

### III.

Principian á llover penalidades.

Tomé hacia el N. por la sola razon de que, segun informes recibidos, al Sur y al Este habia mas dificultades de locomocion. Además, aunque ansioso de admirar volcanes, lagos y cataratas, lo estaba mas de ver pueblos filipinos y su manera de ser: quería conocer al indio *chez soi*, porque los que me rodeaban me parecían ejemplares obtenidos en invernadero. Me habían dicho que

podía ir hasta el cabo Bojeador en el flamante vehículo que había comprado, y esto redondeaba mis planes de variedad y facilidad de movimiento con menor cantidad de auxilio extraño.

Corría por las angostas callejuelas de Tondo como si me persiguieran, y apenas hice otra observacion que la del abandono con que se había dejado formar aquel laberinto, un año despues de un gran incendio que había arrasado el pueblo, en cuya ocasion una autoridad provincial dijo enfaticamente á la superior, que todo lo presenciaba:—¡Hemos perdido á Tondo, pero salvado á Binondo! á lo cual había contestado el General:— Si, con ayuda de esta Divisoria.

No eran aun las siete y media cuando pasaba por Caloocan, donde me detube para curiosear la obra de un templo de grandes proporciones que sobresalía ya del nivel del suelo algunas varas. Apenas entré, me salió al encuentro un religioso de abierta fisonomía, que me saludó de la manera mas cordial del mundo, y me dió á conocer todo su plan arquitectónico, que me pareció demasiado grande para pueblo de tan pobre aspecto. Enterado de que no tenía prisa, me hizo subir al convento, donde por su orden me fué servido un buen desayuno, durante el cual departíamos el religioso y yo como si fuéramos amigos de muchos años. Era él un entusiasta por su obra y por todo lo que constituía sus deberes, y le agradaba encontrar en mi un jóven accesible á todos los entusiasmos; tambien parecía hombre de mundo y de trato franco. Fué la primera persona que no encontró desatinado mi propósito de recorrer dos ó tres provincias, sirviéndome de mucho mas algunas breves indicaciones suyas, que todos los consejos de los prudentes y experimentados amigos que dejaba en la capital.

Cuando le manifesté que el pueblo me parecía muy pobre, me dijo que contaba

elementos para ser rico, porque hombres y mugeres eran laboriosos, pero faltaba seguridad para todos, siendo el término de Caloocan entonces, una especie de refugio y cuartel general de cuanto miserable vivía del mero-déo al rededor de Manila. — Desde aqui á Tinajeros, agregó, hay un corto despoblado que nadie se atreve á pasar de noche ni aun de dia sin numeroso acompañamiento.

Me despedí del bondadoso párroco, pensando en las circunstancias del primer trabajo y penosa contrariedad de mi expedicion, que hubiera querido poder comunicar telegráficamente á los dos mentores que había dejado en Manila; y seguí hácia el monte Torozos, no completamente libre de preocupacion por lo que me había contado el religioso.

Al embocar el repecho despoblado, poco despues de las últimas casas del pueblo, había un grupo de indios, tres de ellos á caballo y otros cuantos á pié; pero estos en cuclillas y con cargas al lado. Apenas hice reparo en ellos hasta momentos despues, que sentí el galopar de unos caballos siguiendo de cerca mi carruage. Lo primero que me ocurrió fué el fantasma que traía en la imaginacion. Me detube para dar vuelta y miré á mis soñados perseguidores, no pudiendo reprimir una carcajada. Eran tres viejos montados de lado y haciendo la mas triste figura de ginetes que yo había visto en toda mi vida.

—Eh, amigos! les dije: VV. esperaban á alguno para hacer el viaje mas acompañados por este sitio ¿no es verdad?

Se detubieron y no me contestaron, sin duda porque no me comprendian; pero debía ser verdad mi sospecha porque se acomodaron al paso de trote corto despues que les dije: —andemos mas despacio para no perder de vista á esos pobres que vienen á pié.

—¡Qué verguenza! me decía. Acaso no

haya por ahí mas que uno ó dos miserables dispuestos á saquear á estos infelices que no traen armas, y eso basta para interrumpir el tránsito y el pequeño tráfico, siempre tan importantes entre pueblos de numeroso vecindario!

Muchos años despues, creada la Guardia civil, el que llamaba el P. Tutor monte Torozos está cultivado, tiene una larga fila de casitas de labradores, Caloocan se ha ido transformando y ofrece llegar á ser uno de los mejores pueblos de la provincia.

No podré espresar la alegría y el bienestar que se apoderó de todo mi ser desde que pasé el puente de Tinajeros y desde que la vista y el ánimo principiaron á espaciarse en la contemplacion de gallardos y frondosos cañaverales y de anchos horizontes de verdura. Aquella agradable sensacion se ha repetido tantas veces cuantas he hecho expediciones mas ó menos largas, y me inclino á creer que á ella contribuyen el aire puro que se respira en el campo y la ausencia de los prolongados paredones que forman la capital de Filipinas, contra naturaleza que pide aquí arboleda, sombra y agentes de purificacion de la atmósfera densa que forma en esta planicie sembrada de fosos, marismas y pantanos, tan apiñada y no pulcra poblacion.

Serían las once cuando llegué á Meycauayan; me detuve frente el tribunal, y á pretesto de encender un cigarro, saqué la petaca, ofrecí uno que tomó, al munícipe mejor portado que allí estaba, y le pregunté si me podía hacer el favor de indicarme la manera de encontrar un caballo ó pareja de alquiler hasta Bulacan. El hombre me miró detenidamente, se descubrió, dió á entender que comprendía la pregunta y balbuceó algunas palabras en castellano para contestarla, pero sin poder coordinar una frase. Como tantos otros, entendía

un poco y por falta de hábito no hablaba el castellano.

Advertí á mi criado le repitiesen en tagaloc la pregunta, y entonces se enredaron los dos en tanta conversacion que principió á impacientarme; y como la cosa iba para largo, les interrumpí volviendo á preguntar donde podria yo descansar un par de horas. Sin esperar á que se lo tradujesen, el munícipe contestó:—venga V. conmigo, señor.—Así lo hice, y me encontré instalado pocos minutos despues, en una habitacion limpia, cubiertas las paredes de cuadritos, y á la puerta asomados con semblante temeroso algunos chiquillos que un cuarto de hora mas tarde ya eran buenos amigos míos, merced á algunos cuartos y golosinas que les repartí.

Allí vi enriquecido mi almuerzo de fiambre y conservas, con frutas, pastas y queso fresco, presentados por la muger del munícipe con delicadas maneras y algunas palabras que yo no entendía. Pareciéndome despues que no corría prisa salir de un pueblo en cuyo tribunal había sufrido tambien contrariedades pronosticadas como regla general por mis amigos de Manila, salí á dar un pequeño paseo, y á ver la iglesia, cosa que siempre tiene para mi gran atractivo en todo pueblo que visito por primera vez. No he visto una hasta ahora que no encierre algun objeto artistico digno de estudio ó alguna curiosa expresion ó recuerdo de hechos ó sentimientos que merecen ser conocidos. La de Meycauayan no era escepcion de la regla: allí absorvió mi atencion la solidéz de la fábrica, y en el interior, un epitafio latino del cual pude descifrar pocas palabras. Cubre el sepulcro de un héroe, un P. Gascueña, que siendo misionero en China sufrió grandes tormentos, hizo un viaje de 80 leguas cargado de cadenas y de ultrajes, entre Kian-si y Pekin, volvió á Manila y sirvió mas de 30 años aquel curato; era tan carita-

tivo, que se encontró muchos días sin lo indispensable para vivir, y cuando esto le sucedía se encerraba pesaroso, no pudiendo sufrir la presencia á un necesitado. Murió en 1831 llorado de sus feligreses que aun conservan memoria de tantas virtudes.

Eran ya mas de las tres de la tarde cuando me ocurrió emprender de nuevo mi caminata aventurera. Llamé al muchacho para que preguntase si había caballo, y me contestó que estaba una pareja enganchada desde una hora antes en mi vehículo: con lo cual, y despedido de la buena gente que me habia dado hospitalidad, eché á correr por aquellos campos de Dios, embelesado en tanta y tan espléndida frondosidad. Pasé unos pueblecitos pintorescos y llegué antes de las cinco á Bulacan donde debía entregar carta á un empleado. No sin algun trabajo conseguí desprenderme de obsequiosa compañía para dar un paseo á pié, durante el cual fué una sorpresa para mi el oír una excelente banda de música que tocaba en una casa de pobre apariencia. Despues pude enterarme de que, poco tiempo antes, hubo allí un funcionario, celosa autoridad, que consagraba sus ócios á aquel arte con afición extremada, siendo distraccion grande para él, algunas veces, llamar la banda á su casa y hacerla ensayar piezas nuevas, lo cual era tambien muy del agrado de los músicos que nunca salian sin alguna fineza.

Pero el funcionario, hombre vivo de genio, y en una ocasion en que estuvieron muy torpes los bajos ejecutando un trozo de ópera, cogió un figle y dió las notas que aquellos no sabian dar. Ni por esas; hubo que repetir el ensayo; y al fin, pérdida ya la paciencia, nuestro hombre, arrebatado por un acto primo, dió en repartir figlazos sobre las costillas de sus discípulos, que en un santiamen desaparecieron de la escena para no volver á presentarse en el pueblo hasta meses des-

pués. ¡Tal era el terror que les inspiraba el enojo artistico del ilustre aficionado! Despues, y por algun tiempo, duró entre ellos la buena escuela, hasta que la banda volvió á las generales aficiones de ruido, que han motivado la formacion de orquestas de otra clase para los templos, y la colocacion de órganos, en lo cual estan haciendo un verdadero servicio al arte muchos párrocos.

Como una cabecera de provincia era un pequeño Manila con todos sus inconvenientes y sin las ventajas de los pueblos rurales, dejé aquella al dia siguiente, tomando el camino de Quiungua y de Baliuag. Mucho llamó mi atención que á media legua de este último pueblo principiaron á ser mejores las casas, y la gente dió en parecerme mas robusta, de mejor color y ataviada con mas esmero. ¡Era natural! Entraba en la region azucarera, siendo la que dejaba atrás arroceras, esto es, pobre por las condiciones de este cultivo y porque, en su mayor parte, no labran terreno propio los sementereros. Problema es este que causa malestar en algunas comarcas y no tiene otra solucion que convertir en contratos de enfiteusis los arrendamientos para que, sembrando lo que quieran y no lo que les imponga un administrador, tomen apego al suelo los cultivadores, considerando propiedad transmisible á sus hijos la que fecundizan con su trabajo.

No menos privaciones y contrariedades que en Bulacan, Meycauayan y Calocan hube de sufrir en Baliuag, donde, un cuarto de hora despues de haber dado mis disposiciones en el tribunal para comer, recibí una galante invitacion de pasar al convento, que habitaba un religioso de tan fino trato como vasta instruccion. Comí con él aquel dia, disfrutando de su amable y variada conversacion, hasta la caida de la tarde en que me despedí para volver á la cabecera, ya que para mis aventuras y necesidad

de movimiento, me decían convenia mas ir á la Pampangá que á Nueva-Ecija.

IV.

Honny soit qui mal, y pense.

Apenas salí de Baliuag retrogradando al Sur, ya me encontré desorientado, porque no entraba en mis cálculos ni desandar ni pasar dos veces un mismo camino. Desconfiaba también de agenas inspiraciones y buscaba lo imprevisto. En Quíngua me señalaron el de Calumpit, y un cuarto de hora despues de entrar en este, quise trazarme un itinerario.

Llegué á un sitio muy pintoresco en el cual había algunas casitas diseminadas entre cañaverales y bien cultivados aunque reducidos campos. A lo lejos era grande la frondosidad: debía abundar por allí el agua, que es á la tierra lo que la sangre para el cuerpo. Donde ella escasea, solo á costa de los mayores esfuerzos puede el hombre impedir la tendencia de la costra terrestre al desierto, no menos patente y viva que la tendencia al bosque donde benéficas nubes sostienen esa atmósfera fecundante de tibia y constante humedad. Prohibid el cultivo en la meseta central de la Península, y á los dos años será aquello un Sahara: prohibidlo en Filipinas, y en menos tiempo se convertirá todo el país en selva impenetrable. Es verdad que la ciencia dice ahora: dadme vejetacion y habrá humedad y cultivos; pero el labriego contesta: dadme esa humedad y yo os retornaré pronto cultivos y vejetacion. Es un círculo vicioso del cual parese dificultoso salir, porque hay comarcas en Europa cubiertas de rica vejetacion, sin vestigio alguno de sus antiguos bosques, en tanto otras siguen áridas y peladas aun despues de colosales tentativas para dotarlas de arbolado.

Me convidaba aquel sitio á reposo, no del cuerpo, que no estaba fatigado, sino del alma: me parecia excelente para sa-

borear las dulzuras de un clima que á manera de cariñosa madre parece estar diciendo á sus hijos: tendeos aquí en mi regazo, que os haré dormir al plácido son de mi canto, que encierra todas las mas hermosas armonías de la creacion. Hice alto; contemplé largo rato aquellos grupos de árboles, aquellos vistosísimos y no lejanos términos, embebecido en las delicias que producía en mi el cuadro que se desarrollaba á mi vista y la ausencia de toda seria preocupacion ni del momento ni mas remota. Comprendí, al fin, que era necesario seguir ó detenerme: esto último era mi inclinacion; pero no encontraba manera de realizarlo. ¿Estaría bien visto? ¿Daría lugar á conjeturas y malos pensamientos la inusitada manera de proporcionarme albergue en un barrio, en cualquiera casa, no señalándome las instrucciones de los prácticos disyuntiva posible entre un convento, molestando á persona respetable y desconocida, y un tribunal, desvencijado armatoste que tiene todo lo repulsivo de una cárcel y de una oficina á deshoras? ¿Porqué las personas bien intencionadas y de sencillos gustos y aficiones, se han de privar de distracciones y trato en que, lo mismo aquí que en Europa, hallan placer, por escepcion, fuera de su círculo habitual?

Me dirigí resueltamente á una casita de tabla, porque ví á la puerta una anciana de agradable aspecto y limpio traje, que estaba comprando á otra muger uno de varios pescados grandes y oscuros que llevaba en un cesto y todos los cuales parecian recién cogidos porque colleaban con fuerza. Despues supe que se una especie que en humedeciéndole á menudo se conserva vivo muchas horas, cogiéndolo en gran cantidad los naturales en un *pinac* ó pantanos estensos que hay en aquellas cercanías. Pregunté á la muger si podría descansar en su casa unos momentos, y aunque con alguna sorpresa en el semblante, me contestó

que estaba á mi disposicion. Subí y me apresuré á sacar del maletin lo que yo necesitaba entonces, que eran unos folletos que habia comprado en un almohada de libros viejos en la Escolta y contenían descripciones y planos de las provincias de Bulacan y Pampanga, trabajo curiosísimo de un ingeniero (D. Ildefonso Aragon) en 1818. Con ellos desdoblados sobre una mesa, principié á formar proyectos y echar líneas como un general en vispera de una batalla.

No estoy mal situado, me decia: tengo á mi derecha un hermoso rio, caminos buenos al frente y á la izquierda; á légua y media está la provincia de la Pampanga, y este plano me indica en ella caminos al N. al N. O. al O. y al Sur. No me convienen estos últimos que me llevarían á sitio donde se habla de espedientes. ¡*Vade-retro!* Por los del O. me ofrece este folleto, y á cortas distancias, lo mas curioso que yo podia encontrar, lo que creía un mito: ¡salvages! ¡hombres de la naturaleza! Hay que ver eso ya que vengo huyendo de la vida burocrática que es, como quien dice, el *summum* de la civilizacion. Lo que debo hacer es no perder de vista ese gigantesco Arayat que á manera de faro me sirve de guia desde Manila. Lo iba á dejar á la izquierda; ahora lo tengo al frente y deseo tenerlo á la derecha, en el itinerario de esas tierras ignotas pobladas por salvages que me preocupan. Diciendo esto, medía con el compás y calculaba distancias: me faltaba un dato que aclarar, el paso del rio por Calumpit, que no sabía si era accesible á carruage. Me vuelvo, para preguntar á la dueña de la casa, y veo en la puerta á su marido hecho una estatua y admirado de encontrarme armado de compás, engolfado en exámen de mapas. Era un casi anciano de cara bondadosa y ruda, que, por lo menos, se figuró que yo estaba encargado de medir alguna hacienda ó de trazar un

camino, cosa que á los labradores siempre les da mucho que cabilar. Hizome una tosca cortesía y me aclaró, por medio de intérprete, algunas dudas sobre mi itinerario; pero tambien me hizo saber que ya no llegaría á Calumpit sinó de noche cerrada, cosa que no entraba en mis cálculos porque viajaba para ver y no para caer en algun barranco desconocido.

Me habia detenido, en efecto, mas de lo necesario y declinaba el dia cuando iba á continuar el viaje. Me asomé á la ventana, y quedé embelesado ante el grandioso panorama de un sol poniente tras prolongadas cortinas de rica vejetacion, dando los mas bellos tonos de luz y sombra á aquel rio y á aquellos campos. Estaba mas predispuerto á gozar de aquel cuadro, de tranquila contemplacion, del bienestar que sentía, que á pasar la hora de agitacion é intranquilidad del viaje en noche oscura y nuevos caminos. Así es que resolví no moverme, y pregunté al hombre si podia pasar allí la noche, á lo cual solo hizo presente que no me sería cómodo y agradable como él deseaba, porque no había en su casa manera de prepararme ni buena cama, ni buena cena, ni desayuno el dia siguiente, lo cual no era verdad en absoluto, puesto que allí tuve, aunque frugal, cena á mi gusto, y por la mañana me proporcionaron lo que rara vez ofrece Manila, leche pura y recién ordeñada, que es bebida de los dioses.

La cordialidad de relaciones se estableció completamente por la noche desde que, en reciprocidad de un trozo de pescado con que me obsequiaron cuando yo desbalijaba mis fiambres y conservaš, hice distribuir sendas copas de buen vino y algunos cigarros; viniendo despues á mi lado los dos viejos, muy contentos, al saber que yo deseaba hacerles varias preguntas.

El marido era principal, cosa que ya

me figuraba desde que, á las oraciones, habian aparecido varios individuos é individuos de mas humilde apariencia á darle las buenas noches, haciéndole al mismo tiempo una profunda reverencia, y algunos besándole la mano, todo observado por mi como escena nueva y eminentemente patriarcal.

Sabiendo por experiencia de otras tierras que el labrador no se cansa de hablar de cultivos y de cargas públicas si le dan atencion, de esos asuntos hice numerosas preguntas á mi buen hombre, siempre con laboriosa interpretacion, sobre sus sementeras, sobre los ganados, sobre acarreos, sobre seguridad, sobre precios, sobre polos y otras muchas cosas acerca de las cuales, y esto me divertia mucho, solia su muger rectificar y aclarar conceptos, como mejor enterada ó mas viva de imaginacion y de memoria que el marido, quien asentia con cierta respetuosa deferencia á cuanto ella aseguraba.

Otro personage habia allí del cual, solo porque así lo impone la veracidad de la historia, me atrevo á hacer mencion. Era una jóven, hija de los dueños de la casa, que aparentaba una edad de 16 á 17 años. Allí estaba sentada con su magnífica cabellera tendida, su pálido color, sus grandes ojos negros de mirar intenso, su armonía admirable de facciones correspondiente á un tipo de tanta novedad para mi. Inmóvil, con sus brazos caidos y ligeramente inclinada la cabeza, con su busto de amplio y redondeado contorno, tenia mucho de esas estatuas de muger que sacan de las ruinas de Memphis. Si fuera yo pintor, habria vacilado sobre la alegoría para la cual tomaria por modelo aquella figura, que así podría representar la inocencia, como la humildad, el pudor ó el silencio, porque la irreprochable limpieza de su traje de algodón y su actitud de impassible recogimiento, la prestaban un encanto indefinible. La hubiera

creido obra de arte, si no me conveniera de lo contrario el que sus padres, durante la conversacion conmigo, acudian mas de una vez á ella para fijar algun dato, que al momento aclaraba con tres ó cuatro palabras de aritmética precision y sin que su fisonomía mostrase otra movilidad que la de los labios en la emision de la voz. Aquella alma ¿estaba dormida enteramente? ¿Cual era el secreto resorte de su existencia? ¿Hubiera podido yo hacerme entender de ella presentándola las ideas de la vida de Europa? ¿Qué misterio! La falta de idioma comun me impedía desentrañarlo, pero como yo era jóven y el alma se me paseaba por el cuerpo, como á cada cual, á la vista de una muger hermosa, y aquella lo era excepcionalmente dentro de su tipo, sentia mucho mas la falta de una medida de aquella inteligencia que yo suponía virgen, de las pulsaciones de aquel corazón tranquilo ó agitado, de aquel ser tan agradable á mis sentidos y que reunia todos los atractivos de un arcano.

Tenia un no se qué, á mis ojos, de la Ruth bíblica, toda dulzura y sumision. Cuando yo hacia alguna pregunta relativa á su persona, me dirigia una mirada de infinita dulzura, se coloreaban ligeramente sus mejillas y volvia pronto á caer en su impassibilidad de estatua.

Mi curiosidad inquiria cuanto á tan extraño ser podia interesar: me enteré de su estado de instruccion, y fué para mi una sorpresa ver su letra redonda como ella: la letra denuncia frecuentemente el carácter, por eso la hay angulosa como espinas y la hay de suave flexibilidad; leia con una voz apagada pero clara y con perfecto sentido, á lo que podia yo juzgar de un idioma tan nuevo para mi: indudablemente entendia lo que allí estampara el autor. Era un libro de devocion, traducido del castellano, y de esos en que nuestros clásicos despliegan toda la ideología del mas ar-

diente misticismo en colóquios del alma apasionada con su Criador. ¿Pero es posible que el tagaloc pueda espresar tales ideas y tan poéticas y sublimes abstracciones? Contestan afirmativamente los que lo dominan.

Llegada cierta hora, los despedí y destiné algunos momentos á coordinar mis apuntes sobre Bulacan haciendo en el plano señales y lindes de la zona arrocerá, de la azucarera y de las marismas, que no encierran en este país menos elementos de riqueza, en varios aprovechamientos y en facilidad de las comunicaciones, que los terrenos de mayor fecundidad. También tomé notas de curiosas manufacturas y de las vías del tráfico en tan hermosa provincia.

El sueño, aunque no intranquilo, fué interrumpido por sordo y prolongado rumor, á que yo no estaba acostumbrado, y procedía de animales domésticos, de aves nocturnas, de insectos, de vecindad de río y arboleda, de perros, de la brisa ¿qué se yo? formando un conjunto de armonía selvática que no carecía de solemnidad. A su arrullo, me creía en algunos momentos trasportado á los campos de Palestina, descansando de las faenas de un día de siega, y á mis piés la bella espigadera moabita que me decía:—«bendígate el Dios de Israel porque me has mirado con buenos ojos: yo quiero que seas tu mi señor.»—El insomnio se declaró rebelde antes de la madrugada y pude prepararme despacio al soberbio espectáculo de una aurora con rápido crepúsculo y salida del sol perfilando la silueta de altísimas y oscuras montañas, de un lado, y dando vida y luz á mares de esmeralda y vastos horizontes, por el otro.

Cuando hice enganchar para seguir mi viaje y al despedirme de ambos viejos; á pretesto de que habían hecho gasto en la alimentación del criado y en proveer de forrage y pienso á los caballos, cogí algunos pesos de plata, que era

la moneda entonces circulante, y dije á la vieja, por medio del criado, que hiciese el favor de tomar, por dicho gasto é incomodidad, lo que gustase. Con ademán y gesto de delicadeza ofendida, aunque también con respecto, rechazó las monedas, y yo reconocí que había cometido una falta, que reparé como pude y di por despedida un abrazo á aquella anciana cuya pulcritud y despejo tanto me agradaban, ofreciéndola hacerla nueva visita en otra ocasión. Su marido estaba al lado del carruaje esperándome y con un caballejo ensillado para acompañarme, lo cual no consentí. No se podía dar ni más completa ni más fina manera de demostrar estimación á otra persona á quien se ha dado hospitalidad. Yo, bago entonces y ganoso de recoger observaciones sobre gente tan nueva para mí, agregando ese rasgo, á otros, la tomé afección sincera, á la vez que respeto á las instituciones y hombres que, en una corta serie de generaciones, habían acertado á fortificar buena índole natural para apacibles costumbres, hasta formar esa educación.

## V.

Cae el bago en la funesta manía de pensar.

Pasaba hora y media después por Calumpit, admirado de la más vigorosa vegetación de aquellos sitios y de las bellezas del paisaje á orillas del río. Me dirigí á la puerta del convento, donde tenía que entregar una carta al párroco, de quien me había dicho un amigo pocos días antes:—Véalo V. que es bueno y sencillo como un niño, cultiva las ciencias naturales, fué amigo y discípulo del P. Blanco y no se incomodará por pesada que sea la curiosidad de V. sobre cosas de esta tierra.

Vivos deseos tenía de saludar y conocer al P. Llanos; pero había salido para otro pueblo inmediato. Dejé el carruaje á la puerta y recorrí á pié una larga calle, admirando plantas que no

había visto hasta entonces, la feracidad de aquellos terrenos y las hermosas vistas que se presentaban á cada paso en que el follage dejaba descubiertos rios, casitas y campos cultivados. Engolfado en mis observaciones y afan de conocer nombres de los objetos, ó acaso porque me movía á ello mi genio naturalmente expansivo, quería hacer preguntas á las personas que encontraba; pero caía pronto en la inutilidad de la tentativa, porque no podíamos entendernos. Esta idea llegó á dominarme hasta producir en mí seria preocupacion, ó mas bien tristeza. He aquí, me decía, como si se tratase de contrariedad no calculada, que me veo privado de una herramienta sin la cual me sirve de poco la aficion á correrías por tan hermoso país. ¡El idioma! ¡Qué manantial de distraccion y de recursos para aumentar mi tesoro de noticias y para dar fijeza á mis observaciones! La sola vieja de anoche tiene en su cabeza ciencia práctica é historias menudas que no cabrian en un libro! ¿Qué hacer?

Sumido en meditacion y no sin desaliento, di en enlazar deducciones cuya última consecuencia era la imposibilidad de estudiar un país sin poseer su idioma, sin estar en aptitud del cambio de ideas, que es á la vida del alma y del entendimiento, lo que es el cambio de intereses ó productos á la vida material. Los llamados sabios podran creer otra cosa; pero no por eso es menos cierto que el lenguaje, como la pintura, tiene colores y matices, tonos, claro oscuro, manera de reflejar, extendido ó en pliegues, el fondo de inteligencias y corazones, con su pulimento ó su áspera contextura, con destellos de viva luz ó nebulosidades de instruccion y de sentimientos. Los aficionados al dilema, argumento favorito de los militares, sin duda por lo que tiene de apariencia terrible, dicen:—ó si ó no; ó esto ó lo otro.—¡Qué posicion dialéctica tan falsa! Casi siempre y en todas las cosas, la verdad está en una

transicion del si al no; en el término medio de esto á lo otro. Además, cada asunto y cada objeto tienen distintas fases de observacion.

El hombre que no se puede entender oralmente con quien le ha de suministrar las esplicaciones que necesita, corre peligro de caer en grandes errores, y no sabrá las cosas sinó muy imperfectamente, si el intérprete es ilustrado; pero si es rudo, se encontrará siempre con los escollos del dilema, esto es, el si y el no absolutos, igualmente distantes de la verdad.

Si al mismo tiempo que las cosas, ó mas que ellas, son las personas el objeto de estudio, todo lo verá falsamente el que pretenda penetrar en ideas estrañas sin observar como corresponden á la frase las inflexiones de voz, la movilidad de la fisonomia, la dilatacion aparente que el alma imprime á la pupila, el embarazo ó la espontaneidad de la palabra, el ademán, porque todo sirve á confirmar, ó mas bien, á rectificar la espresion oral, nunca bastante perfecta y rica, aun entre los mas afluentes oradores, para perfilar y dar su mas exacto y propio colorido á un pensamiento.

«Si observamos la razon humana del archipiélago, dice Daecker en su libro *El archipiélago indio*, parece como si no fuera susceptible de progreso, y que la vida no es para los habitantes, sinó como una carga que se les impone fatalmente.»

Saber quisiera por medio de cual sutil instrumento, y de qué ejemplares observados, y de cuanto tiempo invertido, llegó Daecker á su conclusion, que tal vez brotó rotunda como aparece, al cabo de veinticuatro horas de laboriosas investigaciones con auxilio de intérprete en algun aduar de Sumatra ó de Borneo. Entretanto no averiguo si ese autor de tanta nombradía, se entendía con los indígenas en el idioma de estos, aténgome á Balmes dende dice: «La íntima «naturaleza de las cosas nos es por lo

«comun muy desconocida; sobre ella sabemos poco é imperfecto. Conviene no «echar en olvido esta importantísima verdad. Ella nos enseñará la necesidad «de un trabajo muy asíduo, cuando nos «propongamos descubrir y examinar la «naturaleza de un objeto; dado que lo «muy oculto y abstruso no se comprende «con aplicacion liviana.» (*El Criterio.*)

Pasando despues en mi solilóquio á otro orden de ideas y revolviéndome contra mi mismo, en despecho de mi impotencia para el estudio de costumbres y existencia íntima de unas gentes que por su dulce trato y apacibles exterioridades de carácter me inspiraban viva simpatía, y propuesto seriamente á arrollar el obstáculo que me separaba de su horizonte de ideas, me asaltó otra reflexión. Pero tambien es ridículo, me decia, que con todas mis pretensiones de observador y algo mas, y despues de haber ganado notas relevantes en todas las asignaturas de filosofia, necesite auxilio ageno para conocer una de estas plantas ó una de esas aves, que miro por primera vez.

¡Ya se vé! Me atestaron la cabeza de nociones generales por métodos abstractos, y aunque sé, como los puede saber un loro, millares de términos técnicos, desconozco las cosas perfectamente. ¡Y á esto es llama instruccion! Si á lo menos supiera dibujar, gozaría del placer de llevarme un recuerdo de aquel precioso conjunto de esbeltísimos cañaverales, chozas, niños jugando, animales domésticos, todo á orillas de un seno que formá el rio, y como capricho de poética imaginacion de pintor.....

Me sentí profundamente humillado al reconocer que carecía de preparacion para los sencillos goces que convenian á mi carácter y temperamento y que, á mi pesar, tendrian que ser incompletas ó falsas, y todas estériles, las observaciones que mi curiosidad se afanaba en recoger, mientras que, dotado de la instruc-

cion científica y artistica conveniente, harto mas fácil y breve que otros estudios que habia hecho, no solo serian mis placeres mas intensos al dar rienda suelta á mis aficiones, sinó que estaria en aptitud de transmitirlos á otras personas por medio de los periódicos y los libros, previniendo acaso mixtificaciones de algun discípulo de Daecker.

Desde aquel momento vi acibarados todos los atractivos y perspectivas de aventuras. ¡El mundo que me parecia estrecho pocas horas antes, me abrumaba ya con su grandeza inconmensurable, y conocí eran como pérdidas tantas ventajas como me ofrecían el apacible y obsequioso trato de los naturales, la espléndida campiña, el clima, los alicientes de la variedad, las gigantes manifestaciones de la naturaleza en los trópicos, el libre albedrio en accion, y todo lo demás que me tenía tan embelesado á pocas horas de mi emanacion de los métodos, costumbres y pesada atmósfera de la capital.

(*Concluirá.*)

E. V.

## LOS ARRECIFES DE CORALES

EN EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO Y LA VIDA ANIMAL EN EL MAR.

Escrito en aleman por el Dr. D. Carlos Semper profesor de la Universidad de Wurzburg y traducido por D. Sebastian Vidal y Soler.

### NOTAS

y ampliaciones al artículo publicado en el número anterior.

#### Nota I.

Como parece que la mayor parte de los naturalistas no han tenido noticia de mis opiniones contrarias á la hoy dominante teoría de Darwin, (1) y publicadas en un trabajo zoológico, y como en bastante tiempo no podré exponer mis teorías en un estudio más detallado, voy á dar aquí una reproduccion de la memoria escrita en 1863 (*Zeitschrift für wiss. Zool.* Bd. 13, pág. 563-569: *Gaceta de Zoología científica*, tom. 13).

(1) Véase: «Darwin—On the structure and distribution of coral reefs—London: Smith, Elder & C.» y «Naturalist's voyage round the world» (pág. 465 y siguientes) del mismo autor.

N. del Traductor.

«La punta Norte del grupo de las islas Pelew ó Palaos, está formada por verdaderos atoles; la masa principal que ha dado su nombre á todo el grupo, queda rodeada en su mayor parte por arrecifes de barra, y al Sur por arrecifes de costa; la isla más meridional carece de todo arrecife propiamente tal. Al Norte hay tres atoles: Aruangel, Kreiangel y Cossol. La punta más septentrional de la isla Babelthaub se prolonga en un banco de forma de herradura, llamado Cossol, separado en una longitud de 5-6 leg. mar. por un canal de 2 l. m. del atol de Kreiangel. Su abierta punta S. parece tomar origen del desarrollo y union de bancos madreporicos diseminados por un profundo canal, cuyas ramificaciones se reunen formando el canal de la laguna que ocupa el centro del banco en figura de atol casi completamente descubierto en la marea baja. El atol Kreiangel está cerrado del todo, mide unas 4-5 m. de longitud y unas 2 m. m. de latitud. El lado occidental del arrecife, espuesto á vientos débiles y solo rara vez á alguna violenta tempestad, es ancho y su borde levantado más bajo que los puntos restantes del arrecife, es notable por una série de grandes cantos madreporicos metamorfoseados, que segun la opinion de Darwin pueden considerarse como arrojados allí por la fuerza del oleaje, ó segun Wilkes serían restos de un arrecife levantado y en estado de descomposicion. (United States exploring expedition.) En el lado oriental del arrecife, menos elevado que el opuesto, hay cuatro islas bajas, que apenas sobresalen 5 piés del nivel del mar; la más meridional no llega á distar 20 pasos de las rompientes, mientras que las otras están ya más lejanas del borde exterior del arrecife, tanto más cuanto más al Norte están situadas. La laguna, encerrada en su interior, es angosta y en sus puntos de mayor profundidad el escandallo toca fondo á unos 7 cables. Este atol indica la punta mas septentrional del grupo, pues los canales que le separan, junto con el banco de Cossol, de las islas propiamente tales, tienen solo una profundidad de 60 á 80 cables. Aruangel aparece en los mapas existentes separado del grupo, forma un banco, á 8 mill. mar. NO. de Kreiangel; los naturales me lo describieron como un atol. Antes estuvo habitado; pero á fines del siglo pasado sufrió una inundacion y quedó completamente destruido; los actuales pobladores de Kreiangel refieren haber visto en él tocones de grandes árboles y un antiguo estanque dispuesto como

baño. Estas fueron, por desgracia, las únicas noticias, que pude adquirir, pues la benevolencia de los habitantes de Kreiangel no alcanzaba á superar su pereza, que no podía tampoco vencer despertando su interés con ofrecimientos pecuniarios.

Exceptuando los tres arrecifes citados y la isla Ngaur (Angaur) un solo y continuo arrecife rodea todas las islas restantes, variando sus formas segun las influencias de las corrientes, la direccion de los vientos reinantes y la constitucion geognóstica de las islas dentro de él situadas. Las islas del Norte: Babelthaub, Coröre, Malacca y Nara-cabersa son todas de rocas traquíticas, al paso que las del Sur, entre las cuales citaré únicamente Peleliu, Eimeliss y Urulong consisten en arrecifes madreporicos levantados, cuyos peñascos son á veces casi verticales hasta una altura de 4-500 piés. La traquita descompuesta forma en sus capas superiores una arcilla roja frecuentemente atravesada por corrientes de basalto, que opone poca resistencia á la destructora accion del oleaje y de la atmósfera. Profundas bahías penetran en la línea de las costas y raras veces hay islotes, arrancados del cuerpo principal, que vienen á indicar su antigua extension. Al Oeste hay el arrecife, alejado de la costa unas 3-6 mill. mar. y el brazo de mar intermedio está convertido en un laberinto de profundos canales que en su mayor parte se dirigen normalmente á la isla, en sentido de los valles; sale de ellos en marea baja una fuerte corriente de agua salobre, que viene á perjudicar el desarrollo de los corales en el borde del canal abierto. Reunidos forman un canal principal, que con bastante anchura corre paralelamente al arrecife exterior y le penetra en distintos puntos por medio de pequeños canales, es transitable para embarcaciones mayores. Los canales que rompen el arrecife son al O. en número de dos, hay solo uno al E. y otro tambien en la extremidad Norte; pero no corresponden, como segun Darwin parece ser una regla general, á los valles de la isla, y más bien corresponde su situacion á la direccion de las corrientes formadas por el flujo y reflujo de las mareas. Estas corrientes toman siempre una direccion normal al canal próximo, y nunca el agua arrojada en la plea por cima del borde del arrecife forma una corriente hácia dentro.

Los arrecifes de la parte oriental muestran circunstancias contrarias á los de la opuesta, que con un borde debilmente le-

vantado—su distancia media de la costa será á lo más de 800 á 1000 pasos—apenas dejan en la plea un canal navegable entre ellos y la tierra.

Tambien aquí el arrecife se presenta penetrado por varios canales, tan someros, que solo en la marea alta permiten el paso de botes, apesar de notarse en ellos bien las corrientes de las mareas. El único canal de aguas profundas, en la parte E., se halla al N. de Malacca; donde tambien el arrecife está cruzado por un canal profundo que le separa de la tierra próxima. Malacca es la más meridional de las islas traquíticas, y entre ella y las situadas más al Sur, Coröre y Naracabersa, se estienden una fila de altas rocas calizas. Ya más al Sur consisten todas las islas, sin escepcion, en un mismo banco madreporico levantado. De un modo notable se manifiesta aquí la diferente accion de causas iguales, segun que estas influyen sobre la traquita, fácilmente descomponible, del Norte, ó sobre la dura caliza madreporica del Sur. Mientras que en el Norte las islas, separadas de la masa principal, desaparecen rápidamente bajo la superficie del mar, los peñascos calizos del S. están fraccionados en un gran número de islotes muy próximos por la accion de las corrientes y del oleaje, muchos de ellos, por ejemplo, en el grupo perteneciente á Urulong, indican aun la conexion y la anterior extension de la masa. Todas estas islas se enlazan desde Urulong hasta Pelelew por una superficie casi horizontal, surcada por pocos canales profundos, indicando la profundidad hasta donde ha llegado la accion erosiva del oleaje. Así no puede navegarse, en toda su extension, desde Pelelew hasta Malacca, sin cuidado durante la marea baja. Pelelew, la más meridional de estas islas, consiste en un banco, elevado sobre el nivel del mar unos 10', formado por caliza madreporica metamorfoseada, en cuya extremidad septentrional se hallan los restos aislados de un arrecife madreporico, en otro tiempo sin duda unido, y levantado unos 200—250' sobre el nivel del mar. Este arrecife está aun algo unido en su parte NO. que es donde alcanza su mayor altura, siguiendo luego en forma de una estrecha lengua de tierra con bajos escollos, y tambien en la parte E. separada de aquella por un ancho bajo: y que disgregada en islas avanza como línea de arrecifes. Estos bajos que hoy están en parte cubiertos de pantanos y manglares y en parte cultivados por los habitantes de las islas forman campos

de kukau, parecen haber sido antes una laguna. Los altos escollos, así como los situados en la parte llana de la isla, contienen abundantes fósiles, que segun la impresion recibida al verlos me parecen indicar una época muy reciente de estos sedimentos. En las capas inferiores de la série central de escollos dominan dos ó tres especies de *tubiporos*, un *pecten* y diferentes *astreidos*. En los peñascos de la costa oriental, que se elevan de 5 á 10 piés sobre el nivel del mar, hallé muchas maeandrinas y astraeas. Entre los fósiles allí ménos comunes citaré el diente de un tiburón, recojido en la isla cercana á Coröre, otro de un reptil, probablemente del *Crocodylus biporcatus*, y una especie del género *Dentalium* de Pelelew.

El arrecife vivo que circunda la isla, dista de ella en la parte O. unos 400-600 pasos, sin estar separada por canal alguno profundo; á medida que avanza al Sur vá aproximándose más á la costa y al Este, en muchos puntos dista apenas 30 pasos de las rocas levantadas. Estas, por efecto del potente oleaje, se han fraccionado en muchos islotes y en peñascos aislados, los cuales allí, donde desaparecen debajo de la arena que les recubre, pueden inducir á creer deberse su formacion á los cantos madreporicos echados por el mar en la arena.

La isla Ngaur forma el extremo del archipiélago así como el término de estos diferentes estadios de desarrollo de los arrecifes madreporicos. Esta isla está separada de la de Pelelew por un profundo canal, ancho 4 millas y completamente libre de arrecifes. Segun lo describen los habitantes de Pelelew, está formada por el mismo banco de coral que esta isla, tambien rodeada por bajos y que en una série de escollos llega á alcanzar de 100 á 150 piés sobre el nivel del mar.

La teoría de Darwin acerca de la formacion de los arrecifes madreporicos reconoce, como es sabido, una depresion en todos aquellos sitios, donde se hallan arrecifes de barra y atoles, y un levantamiento en aquellos donde hay arrecifes de costa. Pero este grupo de islas presenta en un reducido espacio (pues la extension total de Norte á Sur, entre Ngaur y Kreiangel, importa solo unas 60 millas marinas) todas las formas, y los arrecifes interiores de la parte Sur del grupo indican un largo periodo de completo reposo, ó de insignificantes levantamientos y depresiones. Si un descenso pudiese explicar la formacion de los atoles septentrionales, la isla Ngaur debiera hallarse tambien rodeada de arrecifes

como todas las demás, ó haberse quedado estacionaria. Pelelew acusa poco descenso y las septentrionales indican uno notable; pero todo proviene de aceptar una hipótesis ni mejor ni peor que tantas otras. Si mis rápidas clasificaciones de los fósiles hallados en los arrecifes levantados de las islas meridionales son exactas, la época de su levantamiento, determinada por la erupción de las últimas traquitas, correspondería á tiempos geológicos muy modernos. Precisamente Darwin dá la mayor importancia, en su teoría, á la falta de semejantes levantamientos en los periodos recientes, y una determinación cronológica exacta de aquellas formaciones pudiera motivar una concluyente objeción contra su teoría. Pero aun prescindiendo de esto me parece que la semejanza que presentan los arrecifes en sus diversas formas, la extensión de la parte situada á corta profundidad de agua, desde Pelelew hasta Corore, y las diferencias entre los arrecifes septentrionales, al O. y al E. del grupo, son motivos bastantes para suponer que la formación de estos atoles no dependió de descenso alguno.

Las colonias de una especie de porita indican una influencia, que juzgo muy importante en la formación de los arrecifes madreporicos y que sin embargo han desatendido todos los viajeros dedicados al estudio de este problema: consiste este en las corrientes motivadas por las mareas, por el desarrollo de los corales, y por las fuerzas físicas del mar. Los citados poritas forman colonias de un tamaño, que varía desde el grueso del puño hasta 6,8 y más piés de diametro. Estos distintos estadios del tamaño indican como en la superficie mueren sucesivamente los individuos situados en el centro y van formando el núcleo de la masa sin vida, que se extiende cada vez más. En ella se presentan pequeños surcos, que se notan hasta en las menores colonias, y que primitivamente indican sin duda el resultado de un desarrollo desigual de los individuos, su tamaño vá en aumento y llegan á constituir canales por donde en la bajamar, fluye el agua que antes quedó estancada en la superficie. El levantado borde de estas colonias, que á veces son circulares y á veces afectan una forma alargada, lleva en su parte exterior individuos que viven vigorosamente y que hácia el centro se muestran cada vez más enfermos hasta que llegan á morir y son arrastrados por la fuerza del agua reunida en la superficie media y algo más baja del atol y finalmente llevados fuera del nivel de este. Muchas veces el levantado

borde exterior queda sin ruptura alguna; pero lo más frecuente es que se vea atravesado por un canal ó por varios hilos de agua. Segun las diversas circunstancias que acompañan al principio de estas colonias de pólipos y el cambio correspondiente en las corrientes, se originan formas más variadas en el anillo (atol propiamente tal) completamente cerrado ó desgregado en proeminencias aisladas, que rodean los bloques de coral de diversas formas semejantes unas veces á los arrecifes de las barras y otras á los de las costas, segun su antigüedad y distantes tambien más ó menos de los peñascos que les circuyen.

Una pequeña *porcelana* ofrece otro ejemplo interesante de la acción ejercida por las corrientes constantes en el desarrollo de los corales. Cada individuo vive encerrado en la masa de coral dentro de una excrecencia patológica. Hay allí primero solo un individuo, despues se desarrollan dos directamente opuestos en estrechas ranuras colocadas en dirección contraria, que resultan de la corriente constante motivada por los animalitos y que, si bien permiten la entrada del agua y de los seres microscópicos por ella arrastrados, no les dejan libre la salida. En su primer periodo se aferra el individuo á la masa de coral y despues queda encerrado en ella.

Un hecho análogo se repite luego en mayor escala. En los sitios en que una situación favorable de la montaña submarina de cúspide horizontal permite la recubra una capa madreporica uniforme, se notan tambien desde un principio diferencias, que en el transcurso del tiempo y bajo la acción de las corrientes se manifiestan en grandes irregularidades del arrecife.

De análoga manera que las colonias de poritas forman anillos completamente cerrados al rededor de un espacio más bajo y cubierto por las aguas ó interrumpidos, así tambien presenta la superficie del arrecife en mar tranquila, no agitada por corrientes, un anillo cerrado que, donde influyen corrientes fuertes y variables, se disgrega en una línea anular de fragmentos. En ambos casos sirve la entrada y salida del agua en las mareas para profundizar el centro de la masa pues mientras la parte exterior compuesta de corales vivos opone una gran resistencia al acceso del agua y solo lo permite por las grietas ú bocas abiertas en ella, la interior, compuesta principalmente de cantos sueltos y montones de are-

nas poco coherentes, cede con facilidad á las rápidas corrientes de la plea y la baja mar, otras veces se forma un cierto número de arrecifes aislados, que primero de escasas dimensiones, dejan el campo libre á las corrientes; pero que luego ván desarrollándose y reuniéndose en masas continuas y estrechan los canales que al propio tiempo adquieren mayor violencia é impiden una union completa de los arrecifes aislados. Con la variedad del fondo, sobre el cual estos se apoyan, cambia tambien la forma que cada uno afecta. Crestas submarinas son la base de los atoles, los arrecifes de costa, que rodean las islas se convierten en arrecifes de barra por la accion de aquellas corrientes, y se alejan tanto más de la costa cuanto más suave es la pendiente de sus bordes ó cuanto más extensa es la tierra que los rodea. Si las costas se presentan muy abruptas rara vez se forman arrecifes de costa propiamente tales y nunca verdaderos arrecifes de barra. Así los corales adosados á la pequeña isla Ngaur están tan próximos á ella que en la plea la marea azota sus peñascos. Toda la costa oriental de la parte N. de Mindanao, así como la correspondiente de Luzon, cobijan solo en las bahias grandes masas de corales vivos, sin que jamás se forme, ni en ellas ni en las otras costas acantiladas, un arrecife, pudiéndose acercar las embarcaciones de mayor porte á las mismas á la distancia de un cable. Pero en aquellos sitios, donde una lengua de tierra se prolonga con suave pendiente por bajo del mar, se recubre el fondo de madreporas y se forma un dilatado arrecife, como por ejemplo en la costa oriental de Luzon á la entrada del puerto de Palanan.

La formacion de los atoles y de los arrecifes de barra depende esencialmente de la coherencia que la base presenta ó de la de las islas en las cuales se apoyan. Así como la parte O. y la S. de la isla Babelthaub opone poca resistencia á la accion erosiva del oleaje y á las corrientes submarinas, dentro del arrecife les es fácil abrir profundos canales en el suelo, que reuniéndose al N. en el profundo canal de las lagunas, de 40 á 60 cables, forman al O. de Corore un gran lago enlazado con el septentrional y con el oriental de esta isla. Esencialmente distinta es la accion de corrientes semejantes en la parte S. del Archipiélago; en ella pudo el oleaje atacar fuertemente la base de las islas, abrir profundas cavidades y angostas entradas; pero las partes arrancadas de la masa tar-

daron mucho más en desaparecer bajo las aguas del mar.

Los anchos y profundos canales del Norte disminuyen en número y anchura, y algunos de ellos se pierden gradualmente en la superficie, distante solo pocos cables bajo el nivel de las aguas, y que es la más á propósito para la pesca del balate. Semejante diferencia relativa se presenta en los arrecifes de costa orientales en las partes N. y S.; mientras que allí el oleaje, menor sin embargo, que en la parte occidental, ataca á la rocas, algunas de ellas basálticas, y abre un canal de poco fondo entre las mismas y el borde exterior del arrecife, distante á lo más 1000 pasos, oponen á su fuerza erosiva las islas calizas del Sur de la costa oriental tan gran resistencia, que no se halla vestigio alguno de un canal entre el arrecife exterior y la isla. La gran diferencia que presentan los arrecifes orientales y occidentales alejados de las costas vecinas se explica por la influencia de la entrada del mar cuya abertura se ensancha constantemente desde el E. y que, con su accion continua imposibilita el rápido crecimiento de los corales hácia la parte exterior, al paso que los corales situados al Oeste pueden desarrollarse libremente, durante los largos periodos de reposo, en todas direcciones, y estenderse con gran vigor. Este incremento, empero, que el arrecife toma hácia al Oeste no es tan considerable como la aproximacion del arrecife oriental á las islas, y como aquí la accion repulsiva de la entrada del mar se ejerce siempre separando el arrecife de la costa, y motiva una suave pendiente del mismo hácia afuera, mas suave que la de su parte occidental, el arrecife Oeste sigue siempre indicando proximamente la extension de la tierra allí antes existente ó de las crestas submarinas, que le sirven de base.

Esto no implica negar la posibilidad de que algunos atoles y arrecifes de barra se formasen al mismo tiempo que las eminencias submarinas, sobre las que se apoyaran, sufrieron una depresion; ó que aun en muchos casos el descenso motivára el comienzo de la formacion. De tal manera debió, por ejemplo, sufrir una depresion la isla Ngaur, antes de que se formase á su alrededor un arrecife de barra.

Para resolver el problema nos toca estudiar, en primer término, con la mayor precision posible, todos los casos particulares. La investigacion de las causas motivantes de la formacion de atoles es aun más difícil que el estudio de los arrecifes de barra, por ser aquellos

ménos accesibles al observador; y casi es preciso limitarse á aceptar entre las hipótesis que la aclaren la que parezca más natural. Las deducciones subjetivas adquieren aquí toda su importancia, pues aun en aquellos casos, en que como en el gran banco de Chagos, se debe haber verificado una depresion reciente, queda aun no resuelta la cuestion de si el desarrollo del banco vivo reconoce igualmente por causa un descenso. Sin embargo, la hipótesis de que la única, ó casi única, fuerza causa de la formacion de los arrecifes sea la alternancia de las corrientes, podria quizá explicar ciertos y determinados casos, que hoy constituyen otras tantas escepciones de la teoria del descenso. Me refiero á la presencia de verdaderos atoles en las areas de levantamiento (alem. Erhebungsfäche, ingl. areas of elevation.); citaré aqui solo como ejemplo de ellas: el bajo de Apo, próximo á la costa occidental de Mindoro, las islas Amantes y las Cagayancillos, las que, segun los planos que tengo á la vista, me parecen atoles propiamente tales. Las costas O. y N. de Bohol están circuidas por arrecifes distantes de ellas, penetradas de distintas maneras por pequeños canales y separadas de la tierra por un profundo canal en el que pueden navegar embarcaciones hasta de bastante porte aproximándose mucho á tierra sin peligro. Todas estas particularidades están intimamente relacionadas con el levantamiento que hoy experimenta el Archipiélago filipino. La hipótesis de haberse formado en virtud de corrientes no presenta aqui tantas dificultades como la admision de un descenso, y realmente en otros puntos del Archipiélago se presentan casos, nada raros, en los cuales el desarrollo de arrecifes en forma de atol ó de otros que puedan llegar á serlo se explica satisfactoriamente por la accion de una corriente constante.

La isla Tigtauán, situada á dos millas de la costa oriental de la extremidad SO. de Mindanao, presenta en su parte O. hácia la cual se dirige el rio de Masinloc, un estrecho canal, que atraviesa el elevado borde de la isla, que es baja y formada toda ella por corales, y conduce al interior tapizado de manglares, cubierto todo por el agua, en marea alta, y solo en la baja mar descubierto. En los charcos viven penosamente algunos grupos de *Astreas*. Una formacion análoga presenta la isla de Sta. Cruz delante de Zamboanga. En la Silanga de Basilan tuve fácil ocasion de ver las diferencias que presenta el crecimiento de las

masas madreporicas segun le bañe una corriente de agua clara ó turbia, dulce ó salobre, y segun la direccion que lleve. Los dos lados del canal que separa la isla Malaunavi de Basilan están cubiertos de corales vivos; pero la violenta corriente, que, tanto en marea alta como baja, se dirige de Este á Oeste por la especial configuracion topográfica de aquellos sitios impide el desarrollo de los corales hácia fuera, lo cual se compensa con las mayores dimensiones que la masa adquiere en sentido longitudinal ó de abajo arriba. Los muros del canal son completamente verticales. Allí, donde por las corrientes contrarias, que motiva el rio de la Isabelase orijinan torbellinos y calmas, se amontonan arenas y légamo sobre las masas de corales aisladas, que son bastante numerosas, y extienden más en sentido de la latitud que de la altura. En la extremidad Oeste del canal una pequeña isla divide la corriente en dos brazos, en la punta de la isla, que motiva esta division, se hallan corales con vigoroso desarrollo, á los cuales aquellas tranquilas aguas permiten crecer libremente en altura y latitud; pero donde las corrientes tocan los dos opuestos lados de la isla crecen las madreporas, como hemos dicho, solo en altura sin lograr un desarrollo lateral.»

Adicion.—Una gran dificultad para todas las teorias anteriores sobre la formacion de los corales consiste en la imposibilidad de explicar como estos logran levantar sus colonias desde las profundidades del océano hasta su superficie. Esta dificultad quedó al parecer vencida por la teoria de Darwin, pues las profundidades cercanas á las islas madreporicas era segun ella solo un efecto de la depresion. Segun mi opinion vuelve á quedar en pié la misma dificultad; siempre que despues no se hayan hecho otras observaciones de la vida animal en las grandes profundidades del mar. Solo recordaré aqui los modernos descubrimientos en los mares del Norte, las noticias dadas por M. Edwards sobre los animales del Mediterráneo, las de Carpenter, Pourtalés y muchos otros naturalistas. De la mayor importancia son para mi opinion, principalmente, las observaciones del último, porque se refieren á existencia de una zona de arrecifes en la Florida, que tiene de profundidad unos 90-300 cables y en la cual están unidas innumerables masas de corales y fragmentos de conchas formando un conglomerado calizo cuyo aspecto se asemeja mucho al arrecife levantado de la Florida y por el con-

tinuado levantamiento de aquellos terrenos ofrece una excelente base para el desarrollo de las madreporas y miléporas. No puede darse importancia alguna al hecho de que estas últimas viven solo á escasa profundidad; pues depende exclusivamente de que en la zonas donde se desarrollan, haya un suelo favorable á su crecimiento. Esto, no obstante, como se deduce de los estudios de Pourtalés, puede suceder simplemente por el levantamiento gradual de un conglomerado calizo cualquiera—ó de una roca firme ya formada.—Una dificultad aparente para mi hipótesis: que las masas de coral pudieron muy bien formarse en un periodo de levantamiento, consiste en la opinion que los arrecifes de barra propiamente tales así como los atoles solo llegan hasta la superficie del mar ó se elevan poco sobre ella. Primero esto no es del todo exacto; pero aún cuando así fuera, no suministraría tal hecho ningun dato positivo contra el supuesto de que la accion erosiva y destructora del mar, de las corrientes y de los agentes atmosféricos, constituyan una fuerza superior á la que determina el levantamiento. Esta última, una accion volcánica, si se puede llamar así, predomina á veces sobre la contraria que se ejerce en la superficie, como prueban los arrecifes madreporicos levantados de las islas Palaos y del Archipiélago filipino; pero es más débil que ella y deja el campo libre á todas las demás influencias de los elementos, á cuyo conjunto de fuerzas referiria la formacion de los arrecifes madreporicos propiamente tales antes que explicar esta por la accion única de un descenso de regiones enteras como Darwin hace.

Nota II.

Para los zoólogos añado algunos detalles acerca de tan interesante cangrejo. M. Edwards, describe uno semejante (Maillard—Notes Sur l' isle de la Réunion) que parece vivir en un agujero de una Maeandrina, clasificandolo con el nombre genérico de Lithoscaptus. Me inclina á creer que este cangrejo descrito cuidadosamente por M. Edwards, sea del mismo género que el hallado en los distintos corales, el estudio de una especie filipina, que vive en las colonias de las astreas que no se puede separar especificamente de las otras dos filipinas, que se desarrollan en excrecencias de las madreporas. En el estudio titulado «Remarkable Instances of Crustacean Parasitism» que se publicó en el «Sillimans' American Journal—July 1867» se dice que Stimpson describió ya

aquel mismo género, al investigar las agallas de la Pocillapora coespitosa, con el nombre de Hapalocarcinus, que tiene el derecho de prioridad sobre el de M. Edwards. No puedo decir si posteriormente (desde 1865) algun naturalista ha publicado observaciones acerca de estos cangrejos, pues en Wurzburg me veo limitado á un reducido círculo científico, y las memorias entomológicas anuales de Gerstäcker salen con tanta irregularidad que hasta ahora aún no he recibido la 2.<sup>a</sup> parte de la correspondiente á 1865-66, dedicada á los crustáceos.

Nota III.

Más pormenores de la vida y organizacion de los holothuridos contiene mi obra sobre este grupo, la cual forma el primer tomo de la parte científica de mis viajes por el Archipiélago. (1)

Nota IV.

Si algun lector se interesa especialmente por los moluscos perlíferos de Tangleban puede consultar mi estudio publicado en los Annals of Natural History 1858 vol, I, páginas 88-51.

Nota V.

Puedo confirmar completamente las noticias que consigna Wilson en su obra sobre las Palaos «An Account of the Pelew Islands & London 1788» pág. 234-236, respecto á esta órden y á las ceremonias practicadas al conferirla. Y aprovecho esta ocasion para decir algo respecto del crédito que á menudo, se pone en tela de juicio, merecido por aquel marino inglés. Por mi parte he visto confirmadas sus noticias y he hallado en sus descripciones notable fidelidad unida á buenas dotes de observador y de crítico, bien pudiera desearse que los viajeros posteriores poseyesen en grado igual tales cualidades. Sensiblemente esto no se verifica y al paso que me inclino á creer verídicos todos los relatos de aquel marino sencillo, pero buen observador, la experiencia me ha probado cuan superficiales é inexactas suelen ser las observaciones de célebres sabios y viajeros. Parece en efecto no es cosa fácil reunir una misma persona ciencia é imparcial sencillez junto con las dotes de observador, que se encuentran muchas veces en indoctos viajeros ajenos á subli-

(1) Semper: Reisen im Archipel der Philippinen—En publicacion.—Véase Vidal y Soler: Memoria sobre los montes de Filipinas, pág. 292.

mes teorías. Wilson describe la ceremonia de la orden del hueso, que practicaron con él mismo, y añade la pequeña advertencia que le hizo el rey «que debía frotar todos los días aquellos huesos para conservarlos limpios, viendo en ellos siempre un símbolo del rango que había adquirido, y que debía defender aquel emblema con valor y antes sufrir la muerte que consentir su pérdida.»

Nota VI.

En los antiguos cronistas españoles se encuentran á menudo el *dujong* citado con este nombre; solo que las noticias acerca del animal son tan sucintas—y en parte tan fantásticas—que lo único que se saca en limpio es su abundancia. Difícil es decidir si su innegable disminucion ha dependido de la persecucion de que ha sido objeto ó de otras causas. Si se dá crédito á las noticias de los habitantes de las islas Palaos el *dujong* no fué en otro tiempo raro en el Océano Pacífico, de cuyo mar ha desaparecido por completo. Lo mismo pasa, segun parece, con el cocodrilo (*Crocodylus biporcatus*. Cuv.). Esta especie, que vive lo mismo en el mar que en los lagos y rios, está muy extendida, llegando desde las islas Mascarenas hasta el Norte de Australia y el Archipiélago de Fidji (v. Strauch, *Synopsis der gegenwartig lebenden Crocodilen*, pág. 53) Kotzebue la halló tambien, durante su viaje de circumnavegacion (tom. III. pág. 189) en las islas Palaos. En los diez meses, que allí estuve (año 1862), no oí hablar de ninguna desgracia causada por cocodrilos ni tampoco de haberse cogido ninguno, solo hallé un cráneo medio partido. A mis preguntas contestaban aquellas gentes que los cocodrilos son allí hoy muy raros.

Nota VII

Al entrar en el Pasig, estas redes con sus altos sostenes (*Salamban* en tagalo) llaman la atencion del viajero. Y realmente constituyen uno de los detalles más característicos de aquella localidad. Todo el aparato se apoya en una balsa hecha de cañas donde suelen pasar días y aún semanas enteras los pescadores y sus familias; una choza de construccion lijera les protege contra la lluvia y el sol, junto á ella y al aire libre cuecen su comida que consiste en arroz y pescado.

EXCURSION

Á LAS LAGUNAS DE BAY Y TAAL.

(*Conclusion.*)

XI.

Los baños termales y las tentaciones de S. Antonio.

Amanecía el día 5 cuando, despues de administrar una copa á Fermin y compañeros, nos embarcábamos en la falua para dirigirnos al pueblo de los Baños que dista legua y media de Calamba. Viento contrario, fuerte marejada y andando al remo, el lector, sin ser un Churruca ni un Gravina, comprenderá las cabezadas que daría la falua dichosa, y el baile que llevaríamos durante esta travesia de tres horas.

A las ocho llegamos al pueblo de los Baños, casi costeando y pasando antes á medio cable de las preciosas riberas que median entre ambos pueblos, sembradas varias de ellas de esbeltos cocos, y otras de prados naturales donde apacentaban numerosas piaras de ganado vacuno.

El pueblo de los Baños es de escaso vecindario y se halla situado en un prolongado espolon del monte Maquilin, misterioso laboratorio en donde se confecciona aquella mezcla de agua candente y sales en disolucion. En el mismo borde de la Laguna hay un edificio ruinoso de mamposteria y unas albercas por la parte exterior, todo lo cual, son restos de un establecimiento de baños y á la vez hospital de caridad, que allí existió en tiempos pasados. Por medio de estas ruinas pasa una cañería de cal y canto, que es el acueducto por donde bajan encauzadas las aguas termales á perderse en la Laguna de Bay, produciendo su rápido enfriamiento una abundante exhalacion de vapor, visible á seis ó siete millas de distancia. Estas aguas salinas, de 70 grados de temperatura y de valiosas propiedades medicinales, y aquellas ruinas que estan acusando el mas lamentable abandono, tienen su triste historia, de la que diremos algunos breves palabras. Por los años de 1589 ideó un Reverendo Prelado de Franciscanos, la formacion de un establecimiento balneario en aquel lugar. Al año siguiente analizó las aguas otro inteligente religioso de la misma orden. En 1593 se dió principio á la obra construyendo provisionalmente un edificio de caña y cógon y dándole el nombre de *Hospital de Nuestra Señora de Aguas Santas de Maynit*.

En 1671 se emprendió su construcción de mampostería, y en tal estado pasó pocos años después, del dominio de los Franciscanos, al del Estado, cuya administración parece que lo descuidó mucho. En 17 de Abril de 1727 fué destruido por un incendio. Posteriormente á dicho siniestro, debió ser reedificado; y aun parece que á fines de aquel siglo se hicieron en él algunas mejoras. Después se fué abandonando poco á poco, y de 25 años á esta parte, especialmente, ha concluido de venirse todo á tierra, no quedando ya sino algunos paredones, las albercas y la cañería.

—Vea V. me decía mi amigo, el resultado de querer apreciarlo todo en esta tierra por el criterio de Europa. Esto era un establecimiento de caridad, y se sostenía y producía beneficios inmensos á la salud y á la higiene. Se quiso hacer de ello una especulación, sin otra razón que la de existir especulaciones de este género en Panticosa, Archena, Caldas de Mombuic, Lanjaron y otros parages, y los resultados han sido los que debían ser: esto es, que los baños se han hundido, porque aquí no hay gente que tenga los recursos necesarios, ni el hábito de esta medicación, ni mucho menos que desee gastarse los cuartos por tomar unos cuantos baños pudiendo tomarlos de balde en cualquiera parte, y siéndole indiferentes sus erupciones y sus reumatismos, con tal de gastarse el dinero alegremente en gallos y fiestas de pólvora.

El patron Fermin que al regresar á la falua nos había recibido con aspecto sonriente y bonachon, así como si tubiera deseos de decir algo nuevo, tomó la palabra, cuando ya estuvimos á rumbo, poco mas ó menos en los siguientes términos:

—Me ha contado una anciana de este pueblo, señor, que las aguas de esa fuente eran antes muy frescas y ricas, y que se quedaron hediondas y calientes como ahora las vemos, desde un dia que el diablo se metió huyendo por el agujero del manantial. Yo no sé si será ó no verdad, pero ella me ha asegurado que toda la gente del pueblo lo sabe y lo tiene por cierto y positivo, por haberlo oido referir á sus abuelos, á quienes tambien se lo contaron sus otros abuelos, y á estos.....

—Ya, ya comprendemos, Fermin; el hecho viene bajando de abolengo en abolengo, tal vez desde los tiempos de Mari-castaña; ¿Y que es lo que te ha contado la vieja?....

—Dice, Señor, que en tiempos antiguos,

eran esas aguas frescas, fertilizantes y muy buenas para beber; toda esa ladera que ahora está señalada con esa especie de faja amarillenta, de árboles y yerbas medio secas por el calor del acueducto, era entonces una delicia de frondosidad y verdura. Los árboles mas bonitos, mas esbeltos y mas floridos, cobijaban con su sombra al murmurante arroyo; la yedra, la sensitiva, el cabello de angel y el camunin eran el ornamento de sus risueñas márgenes, cubiertas á largos trechos por un velo de festoneadas hojas salpicado de flores, y las oropéndulas, el martin pescador, el solitario, la tórtola y otra infinidad de pájaros, prestaban nuevo encanto á esta especie de oasis; los unos reflejando los rayos de luz con el tornasol de sus matizadas plumas; los otros dando al viento los ecos alegres de melodiosos trinos, ó el suave y tierno acento de su cariñoso arrullo.

El arroyo nacía en una fresca gruta, revestida de musgos y de yedra, y en cuya entrada había una especie de concha natural, formada en la misma piedra, blanca y casi pulimentada donde el agua se remansaba cristalina y pura, como en un baño de porcelana. Aquella gruta parecía mas bien la estancia encantadora de misteriosas hadas que el resultado de acciones naturales, aunadas por la casualidad en un mismo sitio.

Vivía á la sazón en el inmediato pueblo de Bay un religioso llamado Fray Luis, jóven de 25 años, pero tan virtuoso, tan caritativo y tan dado á la vida contemplativa, que el tiempo que no empleaba en las obligaciones de su ministerio, al que se dedicaba con una asiduidad y abnegación extraordinarias, se lo pasaba rezando; algunas veces en su convento, y las mas, sentado á la sombra de algun árbol, ó paseando, con su breviario siempre abierto, por los sitios mas solitarios de estas cercanías.

Vino casualmente un dia por este lugar, y tanto fué lo que le agradó el arroyo, y particularmente la gruta, que mandó limpiar sus inmediaciones del exceso de vegetación que había en ellas, y construir un asiento de madera que colocó en sitio conveniente; y desde entonces era raro el dia que el Padre Luis no venía á pasar algunas horas en la puerta de la gruta, donde se ocupaba de sus constantes rezos, y algunos ratos en la contemplación de las bellezas naturales que por todos lados le rodeaban.

El diablo, que en aquellos tiempos debía ser ya tan envidioso y tan malo como ahora, se enceló de la buena opinion y fama del

P. Luis, y dicen que andubo tentándole por mil medios ingeniosos, que nunca faltan en estos pueblos, y mucho menos tratándose de un Padre Cura de almas joven y guapo, y con numerosos feligreses y feligresas. Pero el Padre ¡que si quieres! fuerte que fuerte con su breviario y sus ayunos y sin hacer caso de los lazos que le tendía el pícaro del enemigo.

Una mañana, después de concluir todas sus obligaciones parroquiales, apareció rezando y paseando por estos lugares. Los niños del barrio, en cuanto le vieron, salieron á su encuentro saltando como cabritos, y le besaron la mano; él les hizo una caricia á cada uno, les repartió unos cuantos cuartos sueltos que traía en la manga y siguió como de costumbre por el sendero que conducía á la fuente, diciendo en voz baja el Benedictus Dominus Deus Israel.... &c.

Había tenido tan pocos émulos el P. Luis, en la frecuentacion de su paseo, que desde que lo arregló, jamás habia encontrado alma viviente en este sitio; mas al llegar aquella mañana junto á la gruta, levantó los ojos de su libro de rezo, y se quedó casi atónito al vez salir velozmente de la concha una lindísima joven que se estaba bañando, la cual miró un instante al Padre como asustada, y desapareció ligera como una gacela entre la espesura del bosque, y en direccion opuesta al barrio, llevándose en una mano sus vestidos y apartando con la otra las ramas que embarazaban su paso. El Padre que conocía al dedillo toda la gente del barrio, vió desde luego que aquella fugitiva no era ninguna de sus feligresas. En la direccion que tomó no había camino ni casa alguna sinó el monte Maquilin, fragoso é impenetrable. Además, era aquella una criatura mucho más hermosa que todas las del pueblo. Después de pensar un largo rato, qué sería, qué no sería, se encogió de hombros, se santiguó, volvió á abrir su libro y continuó su rezo, sentado en el banco, á la fresca sombra y al arrullo del agua, de la brisa y del canto de los pájaros y de la cigarra. Aquel rezo no era, sin embargo, el rezo tranquilo de otros días; la imaginacion se le escapaba sin poderla contener, desde los versículos á la desconocida, y frecuentemente dirigía la mirada inquieta hácia la espesura por donde había desaparecido la graciosa bañista. Cuando transcurrió el tiempo que ordinariamente pasaba allí, se levantó, echó una última ojeada, y no apercibiendo á nadie, se marchó á su

convento rezando entre dientes: Tibi soli peccavi et malum coram te feci... etc.

Al siguiente dia y á la misma hora, salió á paseo, y sin darse cuenta del porqué, tomó el camino de la fuente. Cuando estaba ya cerca del baño, se acordó del encuentro del dia anterior y pensó en volverse y pasear por otro lado; pero reflexionando que aquello había sido una casualidad que ya no volvería á acontecerle en la vida, siguió adelante. Llegó andando muy quedito hasta las inmediaciones de la gruta, miró cautelosamente por entre unos arbustos que le ocultaban, vió otra vez en el baño á la hermosa desconocida, que creyéndose sola y sin testigos importunos, jugueteaba en aquella concha de trasparente cristal con el más descuidado abandono y lucía á la vez sus graciosas y encantadoras formas. Ahora si que voy á salir de dudas acerca de quien es esa forastera, se dijo el P. Luis, y tosiendo á media voz, dió lugar á que aquella se apercibiese de la visita y á que ligera como una cerbatilla, saliese de la concha y se cubriese con una colcha de listas encarnadas y azules. Apresúrase á llegar el Padre, temeroso de que se escapase como el dia anterior; más ella le salió al encuentro, con la sábana arrollada y ceñida por debajo de ambos brazos, que eran de color moreno claro, redondos como si estuviesen hechos á torno, y adornados, así como su cuello, con numerosas sartas de abalorios; y haciendo una cortesía y alargando la mano con cierto rubor, le pidió al P. la suya para besarla. El P. se dejó maquinalmente besar la mano, pero estaba que no sabia lo que le pasaba.

—¿Quién eres tu...—le preguntó el P. en tagalog—y por que me besas la mano?....

Yo me llamo *Maliwana* (\*)—le contestó la joven, en el mismo idioma.—Soy del valle de las palmeras, que está al otro lado de este monte, en donde vivo con mis padres ya ancianos. Te beso la mano porque he visto que las gentes de este barrio tambien te la besan.

—¿Y qué has venido tu á buscar por aquí?...

—Hoy nada, contestó la joven; hace algunos dias que salí de mi valle por primera vez para venir á este barrio á buscar á una anciana que sabe curar todos los males invocando nuestros anitos..... y aquel dia te ví pasar en direccion de esta gruta, hasta la cual te seguí sin que tu me vieras,.... Después, todas las mañanas vengo sin saber como ni por que causa, á este sitio donde

(\*) Luz y alegría.

por primera vez te estuve contemplando largo rato, escondida entre aquellos ramages.

—Luego tu y tus padres no sois todavía cristianos, puesto que creéis en los anitos...

—¿Qué es eso de ser cristianos?... Nosotros no hemos salido nunca del valle de las palmeras, ni por allí hemos visto nunca hombres de tu clase. Allá, todos son como yo y como mis padres.

—¿Quiéres tu ser cristiana?.....

—No sé; pero si tu quieres que lo sea, lo seré; yo quisiera ser semejante á tí, y hacer lo mismo que tu haces....; pero ¡ay! el sol llega ya á la cumbre del monte,..... es tarde...., hasta mañana....—Dijo, y desapareció en la misma direccion que los otros dias.

El P. se quedó medio convulso, medio alelado y sin saber lo que le pasaba: despues que volvió en sí, se marchó á su convento, triste y pensativo. Los dias sucesivos, en cuanto llegaba la hora, tomaba maquinalmente el camino, y sin apercibirse de ello, se plantaba en la consabida gruta, donde nunca dejaba de encontrar á la consabida zagala, unos dias bañándose, otros peinándose, otros tegiendo alguna guirnalda de flores...., &c. &c.

Los breves inocentes coloquios que por parte del P. Luis siempre versaban sobre la conversion, trajeron en pos la familiaridad y confianza.....

—Ven aquí—le decía ella un dia, asiéndole de la mano y haciéndole sentarse en el reclinatorio.....—déjame verte y contemplarte despacio; deja que mi corazon triste y abatido tenga este corto momento de inefable dicha..... ¡Qué hermoso eres!..... tus ojos son como el cielo de mi valle en una mañana serena....; tus lábios son como las hojas de la gumamela que crece en las orillas de los arroyos...;—tus manos y tu frente como la espuma que se forma entre las bruñidas piedras que obstruyen las corrientes... ¿quieres tú,—le decía cogiéndole ambas manos y sentándose en el suelo junto á sus piés.....—quieres tu venir á vivir en mi valle y en mi casa conmigo y con mis padres?..... ¡Ah! qué feliz sería yo entonces! Yo te prepararía el blanco arroz y las ricas y sazoadas frutas para tu alimento; tegería esterillas finas para tu cama; menudos hilos de pita para tu hamaca.....; te cazaría gustosa las tórtolas de nuestros bosques; te regalaría leche pura y aromática de nuestras caraballas; el dorado panal que fabrican las laboriosas abejas entre las grietas de los peñas-

cos..... pero ¡ah! el sol está ya mas alto que la cima del monte..... adios..... hasta mañana—y casi sin sentar los piés en el suelo, desapareció como una forma impalpable, entre la espesura del vecino bosque.

El P. se quedó largo rato en el mismo sitio, pensativo, ensimismado, casi casi alelado; más despues, se levantó y emprendió su camino, con paso tan firme y decidido, como si hubiese tomado una grande resolucion. Y así era en efecto, pues que en cuanto llegó á su convento se puso á orar fervorosamente ante un cuadro de Ntra. Sra. de la Correa, de quien era muy devoto, y luego que concluyó, montó á caballo y se marchó á Pagsanjan, donde residia el P. Vicario de su orden, y el único colateral que por aquí tenia.

En cuanto llegó al convento le cantó de plano al P. Vicario todo lo que le pasaba, sin omitir lo más mínimo, incluso el interés que habia tenido y tenia en convertir á la gracia divina, aquella alma en el estado de la ignorancia y del pecado.

El P. Vicario que era un santo varon y muy ducho en achaque de conversiones, comprendió toda la inminencia del peligro en que estaba de venirse á pique la virtud del P. Luis, y le dijo:—Mire hermano, no sea que el convertido vaya á serlo vuestra reverencia; y así, lo mejor que puede hacer, es estarse aquí un par de semanas, rezar y ayunar mucho, y entre tanto pensaremos despacio lo que convenga hacer en el grave caso en que se halla vuestra reverencia.

El P. Luis se conformó por pura obediencia con el consejo del vicario, pues aunque conocía que aquel era el partido más cuerdo que podía tomar, experimentaba á la vez una inquietud y un deseo de volver á la gruta, que le era imposible reprimir. Estubo cuatro dias en Pagsanjan, como perro que ha perdido el amo. Ni comía, ni dormía, ni paraba en ninguna parte; aquello era una especie de enfermedad; y solamente el tiempo que pasaba haciendo oracion á la Virgen, era el que gozaba de alguna tranquilidad.

Al quinto dia muy de mañana vinieron á avisarle de su pueblo que habia un enfermo de grave peligro, y que era necesario que fuese á prestarle los últimos auxilios espirituales.

El P. Vicario sintió mucho esta coincidencia, pero no tuvo más remedio que consentirle que marchase, ya que se trataba de un caso grave, ya que él por sus años y

achagues no podía ofrecerse como sustituto. Al tiempo de ponerse en camino su huésped, le dijo:—Cuidado hermano con lo que hace. Vuélvase pronto, y no cese de hacer oracion por el camino; tome,—le dijo, dándole un escapulario;—este escapulario contiene una reliquia de la Santísima Virgen; póngasele al cuello, y no deje de acudir á él si se vé en tentacion ó peligro.

Partió el P. Luis como pluma que lleva el viento; llegó á su casa, y sin detenerse, se fué á la del enfermo, para confesarle si habia precision, y despues acudir con los demás auxilios; pero se lo encontró jugando á la rayuela con un compadre suyo, el mismo que lo habia curado radicalmente de un dolor de estómago agudo que habia tenido la noche anterior, y para lo cual le habia propinado botella y media en una sola dosis, de la más puro que había en el pueblo.

Salió el P. Luis de aquella casa en donde ya no hacía ni pizca de falta, y reparó entonces que se hallaba á medio camino para su paseo favorito. Miró y remiró por todos lados, vaciló y volvió á vacilar, y por último, enderezó sus pasos hácia la maldita cueva, sin poderse contener, y como si le tiráran con una cuerda invisible.

—A bien que ya se habrá cansado de esperarme cuatro dias, y se habrá marchado para no volver jamás;—se decía á sí mismo el P. Luis, para cohonestar su debilidad.—Pero, cá..! al llegar á lo plazoleta, lo primero que vió fué á *Milivana* sentada en el suelo, apoyados los brazos en el banco, con la cara cubierta con ambas manos.

Apenas se apercibió de que estaba allí el P. cuando se levantó y vino hácia él, con un semblante tan impregnado de dolor y resignacion, que hubiera hecho enternecerse á una estatua del Buen retiro. Le asió por ambas manos, le hizo sentarse en aquel peligroso banco, que ella misma habia atestado de flores y que ya estaban lácias y marchitas, y colocándose ella arrodillada á sus piés, reclinándose familiar y voluptuosamente sobre las rodillas del P. le dijo:

—Al fin te vuelvo á ver, ídolo mio; cuatro dias sin saber si vivia ó no vivia.... pero no importa jeso que vale sí al fin te tengo otra vez ante mis ojos, y puedo contemplar tu rostro humoso como el arrebol de la aurora al despuntar entre las palmeras de mi valle; radiante como el sol que hace brotar las flores de su capullo...! N6, joh, nó! ya no te dejaré más.... Tú no quieres venir

á mi morada, donde yo te ofrezco todo cuanto hay en ella, y donde serías feliz á fuerza de ser amado...! pues bien: yo seguiré contigo á donde quiera que tú vayas, y no me separaré jamás de tí sinó para hacer el gran viaje al país de los espíritus de donde ya nunca se vuelve....

El acento rudo, vehemente y grave con que pronunció sus amargas quejas, y su solemne promesa....; el contacto de aquella mujer apasionada, que oprimía las piernas del P. contra su mórbido seno y su corazon palpitante... la soledad y encanto de aquel sitio se concitaron de tal manera contra el P. Luis, que este sintió que un sudor frio inundaba su rostro, y despues una fiebre le hacía hervir su sangre y latir violentamente las sienes.... Sus ojos brillaban siniestramente, y una mirada fascinadora de aquella mujer sobrenatural que tenía á sus piés le acabó de turbar la vista y la razon, y fué á precipitarse sobre ella como un lobo atacado de hidrofobia..... Pero al inclinar el cuerpo se acordó del relicario, y echó mano al seno para asirse de el, á tiempo que deslizándose la milagrosa reliquia tocó ligeramente en la cabeza de la jóven; y esta que no era sinó el mismo diablo en persona, fué herida como si le hubiese tocado un rayo. Una mueca convulsiva y horripilante fué la primera señal; despues se dilató repentinamente, cual si fuese una gran vejiga de goma henchida de viento, y por último dió un estallido horroroso, esparciéndose sus miembros destrozados por todo alrededor, y un olor de azufre y asafétida capaz de dar tos á un elefante. Una sombra fantástica, figura de caiman con cuernos y ojos encarnados ribeteados de amarillo se deslizó al propio tiempo por el baño y fué á esconderse por el nacimiento de la fuente, dando continuos bufidos, y contrayéndose porque el agujero no era muy grande, desapareció por último, dejando al P. Luis aletargado y sin sentido ni accion algunas.

Media hora después de aquel desenlace tan milagrosa, los habitantes de este barrio estaban todos apiñados en la orilla del arroyo, asustados al ver que el agua venía hirviendo, y que levantaba al caer en la Laguna, esa misma nube de vapor que tan bien se distingue desde el sitio en que nos hallamos, á la hora presente.

## XII.

Majayjay y la cascada del Botocan.

A las nueve de aquella misma tarde lle-

gamos al pueblo de Santa Cruz, cabecera de la provincia de la Laguna, y el mas importante de toda ella. A las tres y media salimos para Majayjay, con el objeto de pasar desde allí á visitar la cascada de Botocan. Esta última excursion dió principio bajo mejores auspicios que las anteriores, porque el Sr. Alcalde mayor de la Laguna tuvo la amabilidad de cedernos su carruage y dos parejas, nos dió además recomendacion para que nos facilitasen relevo de caballos en el pueblo de Magdalena.

A las cuatro y media llegamos sin novedad á este último pueblo; nos apeamos en casa del gobernadorcillo, y le entregamos la misiva del Sr. Alcalde. El pedáneo, que era un viejecito vivaracho y alegre, y que chapurraba un poco el castila, no hubo cumplido ni ofrecimiento que no nos hiciese; todo lo tenía á la mano; agua fresca, chocolate, rosquillas..... todo, menos los caballos, que al ponerse el sol no habian parecido, ni llevaban trazas de parecer.

Por fin, ya á las oraciones, llegaron tres ó cuatro tenientes de vara, dignos émulos del célebre Panguilinan, trayendo cuatro alimañas peludas como cuatro osos, y que tanto se las podia tomar por caballos como por sardinas. Las atalajaron con guarniciones de mecate, y á tirar se ha dicho, por aquellas cuestras de Dios. El primer empuje fué magnifico; pero en cuanto estuvimos en despojado, empezaron aquellos desdichados animales á jugar al tira y afloja, á plantarse y á remolinearse, y no hubo mas remedio que echar pié á tierra y echarse al coletto las dos leguas que quedaban, á pedibus y andando; item mas, hubo que empujar el carruage para que salvase algunos repechos. A las nueve y media llegamos á Majayjay mas muertos que vivos. Desde el tribunal mandamos un emisario al P. Cura del pueblo, diciéndole la triste condicion á que estábamos reducidos, sin cena ni cama, ni medios de procurar una y otra á la hora que era, y con dos leguas en el coletto y abundantes ampollas en los piés.—El Reverendo Padre estuvo todo lo caritativo que era de esperar de su ministerio; nos llevó á su convento, y nos trató á cuerpo de Rey: Dios se lo pague. El pueblo se halla á 250 méetros de altura sobre la Laguna, y domina un estenso horizonte de lo mas vistoso y poético que puede imaginarse. Está situado entre barrancos y prolongaciones que descenden del monte Banájao, formidable coloso de 1800 méetros de altura y de seis

ó siete leguas de circunferencia en su base; abundantes acequias de agua clara y pura, corren á lo largo de varias de sus calles, y el caserío esta todo él medio escondido entre los pliegues del terreno y entre bosques de cocoteros, cañaberales y otra gran variedad de árboles.

A las cinco de la mañana del 6 de Abril salimos en direccion de la cascada; pertrechados de hamaca y acompañados por varios guias. El camino es todo lo salvaje que puede concebirse; atraviesa algunos barrancos muy profundos y estrechos, (entre ellos el Dalitivan) donde la vegetacion es un macizo de verdura, denso é impenetrable, y el fondo una aglomeracion de peñascos por entre los que bajan del monte corrientes de aguas, finas y esquisitas.

A las siete llegamos al Camatian, pequeño rio que forma la cascada llamada de Botocan, objeto de nuestra excursion.

Es difícil, muy difícil, el poder dar una idea siquiera aproximada de este enorme salto de agua, á quien no lo haya visto. Nosotros vamos á intentarlo aunque con bastante desconfianza del éxito. Este rio, que en tiempo seco tendrá cuatro á cinco metros cúbicos de caudal de agua, baja, como todas aquellas corrientes, de la falda N. del Banájao. Desde su origen trae ya una excesiva pendiente, mas al llegar al camino que va desde Majayjay á Luisiana, se precipita sobre un barranco de lo mas extraordinario que suele verse, y que tiene ciento y pico de metros de profundidad.

Aquella enorme masa de agua cayendo de tan extraordinaria altura, es un espectáculo maravilloso.

A los 12 ó 15 metros de caida, se convierte en una hermosa madeja de espuma blanca como la nive; y á medida que va descendiendo, se van subdividiendo las gotas de tal suerte que no se parecen á objeto alguno conocido; es una especie de torvellino indescriptible. Las corrientes de aire que en aquel estrecho barranco han de obedecer á leyes especiales, levantan una considerable cantidad de agua en forma de llovizna ténue y vaporosa, en la cual á ciertas horas de la mañana se dibuja el precioso arco-iris, por lo comun de doble efecto, y aun de triple en algunas ocasiones.

El estruendo que produce aquella gran masa de agua es tan extraordinario, que impide el que se perciban todos los demás sonidos; y en separándose dos personas á 10 metros, ya no pueden entenderse sinó á grandes voces.

La formacion de aquel extraordinario abismo, es un ejemplar elocuentisimo y muy poco frecuente, del titánico efecto de que es capaz la denudacion en el transcurso de muchos siglos. Es un almanaque que señala larga fecha geológica al terreno en que se han verificado tan gigantescas modificaciones.

La escabrosidad del terreno y la espesura impenetrable de todos aquellos contornos, hacen imposible el elegir puntos de vista desde los que pudiera dominarse aquella maravilla, en buenas condiciones de prespectiva. Hay que conformarse con verla desde arriba, como quien se asoma á un pozo; lo cual es una lástima, porque, hasta la fecha, ni el lápiz, ni la fotografía han podido reproducir aquella cascada, de una manera satisfactoria.

Los diarios de los touristes y las obras de los geógrafos, han dado á conocer muchas cataratas cuyo caudal de agua es bastante superior á la de Botocan; pero caidas verticales de un solo salto, de mas de 100 metros de profundidad, es bien seguro que son muy pocas las conocidas hasta el dia. A las ocho y media regresamos al pueblo, y sin detenernos mas que algunos minutos, continuamos para Santa Cruz en el carruaje del dia anterior, aunque con distintos caballos. Aquella tarde, á la una, nos hicimos á la vela para esta capital, á donde llegamos el dia 7. por la madrugada.

Este es el relato fidedigno, carísimo lector, de aquella excursion emprendida por pura curiosidad; en la cual se han omitido bastantes detalles de no escaso interés, por no hacer mas pesado el presente artículo. Ahora solo resta suplicarte que dispenses el que no haya sabido distraer tu atencion durante este relato, tan agradablemente como yo lo hubiese deseado.

E. PEÑARRUBIA.

#### BIBLIOGRAFIA FILIPINA.

Complaciendo á algunos suscritores, damos principio á un Catálogo de obras publicadas sobre este país; sin perjuicio del exámen crítico que de algunas mordernas publicará en breve esta *Revista*.

Van interpolados por órden alfabético títulos de obras y nombres de autores, con las referencias oportunas para evitar repeticion.

ADUARTE. (Fr. Diego de). *Historia de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, China y Japon*. Esta obra, compuesta de va-

rios tomos, es la antigua crónica de los PP. Dominicos, sobre la cual, publicaciones posteriores y documentos inéditos, ha escrito hace veinte cinco años ó poco más, el P. Ferrando, la *Historia de los PP. Dominicos*, revisada por el P. Fonseca: esmerada edicion de Madrid de 1871; imprenta de Rivadeneyra.

ALMODOVAR. (Duque de). Conocido literariamente, y por anagrama, con el nombre de *Eduardo Malo de Luque*: es el traductor, con notables ampliaciones y correcciones, de la obra de viajes publicada en francés por el abate Rainal á fines del siglo pasado, plagada de errores donde habla de Filipinas.

ALVAREZ Y TEJERO. *De las Islas Filipinas*. Folleto impreso en Valencia en 1842.

AMANDI (Fr. José) *Compendium theologiae moralis*. Manila 1864. Es un grueso volumen de cerca de 1000. páginas en 4.º español: de él hacemos mencion en este lugar, porque está en idioma tunquinés, para cuya más clara espresion se usaron tipos romanos fundidos *ad hoc*, con acentos, puntos y otras señales indicadoras de las inflexiones de voz y vocalizaciones especiales que no se pueden señalar con los tipos comunes. Es trabajo de mérito en el arte tipográfico, y más que nada, como elocuente manifestacion del celo con que atienden á sus deberes los misioneros españoles del Tunquin.

AMO (Fr. Mateo.) De este modesto religioso dominico, que falleció en 1863 ó 64 en el colegio de San Juan de Letran, siendo ya anciano, tenemos una escelente traduccion castellana, en verso endecasílavo, de las *Bucólicas y Geórgicas* de Virgilio; así como una *Coleccion de poesias sagradas*, llenas de bellísimos y tiernos conceptos. Manila 1858 y 1863.

ANCHEDERRA.—*Relacion de la entrada del Sultan Rey de Joló Mohamed Alimud din II. en Manila*. 1749.

APUNTES interesantes sobre las Islas Filipinas, que pueden ser útiles para hacer las reformas. Impreso en Madrid en 1869, imprenta del periódico *El Pueblo*.

AUTOS ACORDADOS (Coleccion de) de la Real Audiencia Chancilleria de Filipinas y de las soberanas y superiores disposiciones que afectan al ramo de justicia ó conviene tengan presentes los jueces que reúnen á la vez el caracter de gobernadores de provincia. Es la única coleccion legislativa general publicada en el país. Consta de cinco tomos y su consulta es todavia de mas utilidad en los ramos de administracion civil que en los de justicia. (Se continuará.)

AGAPITO MACAPINGAN.

MEMORIAS DE UN CRIADO TAGALOC.

(Continuacion: véase la página 191.)

VII.

Ya creo haber dicho en otra ocasion, que el indio de baja esfera suele ser un déspota para sus mismos paisanos.

Prácticamente pude convencerme de esta verdad, bajo la proteccion de Brígido.

A mí se me llamaba *el bata*, y la existencia del *bata*, cuando todavía no está *civilizado*, es la más amarga de las existencias.

La *civilizacion*, bajo la férula del hijo de ñor Ciriaco, empezó para mí en el manejo de la escoba y del lampazo, en el arreglo de los vasos de luz, en la limpieza de las botas y zapatos de la mayor parte de los que vivían en el colegio, y en las faenas, en fin, más groseras, ó en las más duras y penosas.

Puedo decir que yo, en vez de servir al R. P. Toribio, á quien servía era á su criado Brígido, pues desde mi instalacion en la casa y so pretexto de enseñarme el oficio, me encomendó *mi protector* los diversos quehaceres que he indicado.

Desde por la mañana temprano, cuando el religioso abandonaba su lecho y su celda, ya me tenían VV. armado de la escoba y del pedazo de gangoche, refregando en cuatro piés las tablas para sacarlas lustre: ¡y si siquiera lo hubiera hecho bien! ¡si siquiera se me hubiera enseñado á no dejar los rincones llenos de polvo y basura, á no cojer esta á puñados entre las manos para tirarla por la ventana, y á otra porcion de cosas feas que despues me valieron muy ásperas y merecidas reprensiones de otros amos!

Pero nada de eso: Brígido contemplaba impasible—mejor dicho, no contemplaba siquiera—como me aplicaba á la limpieza y como sudaba tinta frotando el pavimento; en la misma actitud á que, segun la historia sagrada, se degradó Nabucodonosor, en los últimos años de su reinado.

Brígido mientras tanto se contentaba con quitar el polvo, es decir, con pasar un paño sobre las sillas y mesas, y arreglar los libros que en el curso del dia y durante la noche especialmente, estudiaba ó leía el P. Toribio.

No se crea que, aun cuando mi amo había dado dinero para que se me comprase ropa, mejoró por eso mi atavío.

Todo lo que alcancé fué una camisa blanca,

desecho de Brígido, con la que me adornaba para servir á la mesa: por lo demás estaba tan sucio y hediondo, que, á no haber sido indio, yo mismo me hubiera repugnado.

Recuerdo que estuve quince dias seguidos con un mismo calzon—y no le llamo pantalón, porque apenas me pasaba de la rótula—en el cual habían ido á juntarse toda clase de manchas, desde las que recogía lampaceando las tablas, hasta las de la grasa que me dejaba caer encima durante las comidas.

Pero esto no me inquietaba; nuestro olfato y nuestro estómago, parecen estar hechos, como las corazas modernas de los buques, á prueba de bomba; y era tan poco armónico, por otra parte, en mi vestir, que la camisa blanca, recién planchada á menuditos pliegues, me la encapillaba muy sério sobre aquel pingajo repugnante que cubria mis piernas.

Nunca tenía un cuarto, así es que no podía pagar lavandera: las pocas prendas de ropa que tenía, las lavaba yo mismo, muchas veces sin jabon, y escuso decir cómo quedarían de limpias: las roturas y desgarrones no se cosían jamás, y á través de ellas he puesto de manifiesto mis carnes infinitad de veces. El tener la camisa blanca, planchada, como he dicho antes, se lo debí á la lavandera del Padre, porque la astucia me hizo echarla entre su ropa.

Nadie se cuidaba de mí, nadie velaba por mi persona, vivia casi olvidado de todo el mundo, y en medio de la caterva de gente que habitaba bajo el mismo techo que yo, puede decirse que era casi un pária.

Este abandono debia haberme conducido á la misantropía; pero el indio encuentra á veces recursos grandes en si mismo para no morir de aburrimiento, y fué uno de estos para mí, el deseo de aprender algo útil y provechoso.

Brígido, á cuya proteccion me había confiado, era un tunante que solo pensaba en acicalarse, en peinarse muy cuidadosamente, en usar zapatos, y en pillar la puerta en cuanto podía, para no volver más que á las horas de comer y á aquellas otras en que pudiera hacerse visible del Padre, para que este no dudara de su buen cumplimiento.

Todas las obligaciones que á él le competían, me las fué encomendando poco á poco, en términos de haber reducido las suyas, á la sencillísima de servir á la mesa.

Yo le obedecía ciegamente, con una paciencia digna de mejor recompensa que el brutal abandono de aquel nécio, lleno de fatuidad

por el trato bondadoso del P. Toribio, que le dispensaba, á fé, una confianza inmerecida y á la que no sabía corresponder.

Si los *castilas* quieren oír un consejo desinterado, escuchen estas breves palabras: No distinguan jamás con preferencias, á ninguno de sus sirvientes: la vanidad es una de las pasiones que se apoderan más pronto de la fantasía del indio, y esto los conduce á hacerse descuidados, soberbios, demasiado pagados de sí mismos y crueles y déspotas con aquellos otros que no reciben de sus superiores iguales pruebas de atención que ellos. Una benevolencia exajerada, una prueba repetida y constante de consideración ó de confianza, dá pié al criado filipino para desarrollar malas cualidades. Los PP. Buzeta y Bravo han consignado en su libro (\*) hablando del criado filipino:—«si ve que su amo se muestra débil, abusa de él hasta el extremo; pero si halla una dignidad severa, se deja poner en el cepo, y sin atreverse á murmurar iría al suplicio.» Esta gran verdad encerrada en tan pocas palabras, debería ser la regla de conducta de todos los *castilas* para con sus domésticos. El amo no debe descender nunca de cierto elevado pedestal, si quiere hacerse servir bien. Dar á un criado un prestigio que no siempre es merecido y que depende de la simpatía más que de la conciencia exacta de sus méritos, es minar ese pedestal por su base, exponerse á que caiga, y á que caiga con él y sea pisada la figura que sustenta. El verdadero tacto del amo ha de consistir en tratar á toda su servidumbre de la misma manera, y en saber conservar una distancia siempre igual entre su persona y sus criados, teniendo especialísimo cuidado en ocultarles sus debilidades, sus defectos, sus aprensiones ó sus ridiculeces, porque el indio las penetra pronto y se burla y abusa de ellas. Muchos malos comportamientos, muchos robos domésticos, muchas acciones indignas, que no se explican al pronto, porque parecen hallarse en contradicción con otros rasgos buenos, son debidos al exceso de confianza que se ha depositado en un sirviente: el amo se ha hecho á sí mismo un daño, del que luego se queja, al haber franqueado una distancia en la que debe respirar siempre el criado indígena una atmósfera de respeto y hasta de temor.

Las bondades del P. Toribio habían hecho de Brígido un criado inútil para él mismo,

(\*) Diccionario geográfico, estadístico, histórico de las islas Filipinas: tomo I. página 240.

y no sé si después de mi salida del colegio, llegarían á hacerle un criminal.

He dicho que el deseo de aprender algo útil y provechoso se despertó en mi espontáneamente y me libró del disgusto que debía necesariamente inspirarme la triste y atareada vida que llevaba.

Tomé, pues, á empeño el aprender el castellano. La enseñanza que se daba en el colegio, no se daba en tagaloc; yo había entrado allí, más que para ser un *bata* de servicio, para aprender algo de lo que allí se enseñaba; pero como no podía formar entre el número de los alumnos interin no poseyera el idioma de los *castilas*, según había dicho el P. Toribio, era forzoso, inevitable, aprender este idioma:

¿Cómo?... no lo sabía: por intuición, por lo que oía, por lo que alguno tuviera la bondad de decirme, que es como aprenden el castellano la mayor parte de los paletos tagalos.

En mi pueblo, como se recordará, había empezado á deletrear: conocía todas las letras del alfabeto, pero no sabía enlazarlas y pronunciarlas después de enlazadas.

Pues bien; yo que no sabía una jota del castellano, empecé á aprender este idioma al aprender á leer.

Las primeras palabras que se me grabaron en el meollo, fueron las mismas que conocen del tagaloc los españoles á los ocho días de estar en Filipinas: fuego era *apuy*; agua, *tubig*; ven acá, *alica*: estas eran las frases más comunes en la clase de vida que llevaba y las que el uso corriente me hizo aprender más pronto.

Por las noches, á la mortecina luz de un vaso de aceite, ya en un rícon del cuarto de criados y apoyado de codos sobre el arca de uno de mis compañeros, ó ya buscando un sitio en el ángulo de la mesa de la cocina, sólo, completamente solo, pues todos los muchachos se marchaban á la calle, y yo como no conocía la capital no me atrevía á salir, la emprendía valientemente con la cartilla y con un pedazo viejo de un diario, y componiendo las frases, aderezando las sílabas á mi modo, deletreaba los primeros períodos en castellano que caían bajo mis ojos: De esta manera, con una constancia que tal vez crean inverosímil algunos, atendidas mi edad y mi condición, llegué casi al mismo tiempo á aprender á leer, muy mal por supuesto, y á aprender algo del idioma de Cervantes.

Debo confesar que no todo ello fué obra mía,

y que sin duda hubieran fracasado mis buenas intenciones, á no haber sido por el auxilio del criado de otro Padre, bulaqueño tambien, que de cuando en cuando, tendido en el suelo al lado mio, me explicaba la conversacion castellana, el vocabulario más usual y que estaba más á su alcance, arrancando así poco á poco las nieblas de mi inteligencia y familiarizándome lentamente con el conocimiento del nuevo idioma.

Este compañero se llamaba Epifanio, y recuerdo su nombre con gratitud, por aquella enseñanza nocturna y gratuita, única prueba de interés que merecí de mis compañeros en todo el tiempo que permanecí en el colegio.

La constancia mia en aquellas lecciones no sorprenderá á nadie, cuando explique que el indio filipino es uno de los hombres de más paciencia que hay en la tierra: esto lo saben todos; pues bien, falto yo de todo género de recursos y de distracciones, el trabajo laborioso de mi inteligencia tenia que serme fácil y hasta grato, ayudado por la cualidad dominante en todos los naturales: la tarea no me corria prisa, mi carácter no me apremiaba, y aunque veinte ó treinta noches seguidas empezaba con el mismo delecto, con la propia cartilla y el pedazo de diario viejo, siempre encontraba novedad en ellos y siempre me hallaba animado del mismo espíritu para continuar los estudios. No necesito citar en apoyo de esa paciencia extraordinaria de los indios, la multitud de obras mecánicas que la acreditan: tendria que divagar mucho para ir las enumerando, aun á grandes rasgos, y sirva la presente cita únicamente para que aquellos que me oyen, traigan á su memoria en este párrafo todo cuanto hayan visto como producto de la paciencia y de la fuerza imitativa del indio.

Quedamos, pues, en que aprendí el castellano, ó mejor dicho, aprendí un poco el castellano, lo bastante para entender una tercera parte de las palabras que se me dirijan en este idioma, y para tratar de cumplir bien las órdenes que en el mismo se me daban.

Mi deseo de demostrar al P. Toribio los conocimientos que iba adquiriendo, dieron lugar á infinitos y risibles *quid pro quos*.

Muchos de ellos corren por ahí en boca de los españoles, como pruebas irrecusables de la torpeza del criado indio. Estos rasgos de simpleza han tenido el mismo privilegio que los rasgos de ingenio ó de agudeza de Quevedo, que todo el mundo los repite; con lo cual

se prueba una vez más que «los extremos se tocan» Citaré algunos de los *indicados quid pro quos*, de que me acuerdo en este momento:

—Mira Pitoy— me dijo una vez mi amo— dile á Brígido que á ver como puede quitar del hábito esa mancha de aceite: ¿entiendes, *ja?* esa mancha de aceite.

—Sí, Padre,—contesté;—y salí como un cohete de la celda, con el hábito bajo el brazo; pero lejos de buscar á Brígido y transmitirle la orden recibida, me las quise echar de sabihondo, y con la mejor intencion del mundo, lo confieso, me fuí al vaso de luz y empecé á empapar el hábito en aceite y á frotar despues la empapadura con el cepillo de limpiar las botas.

Escuso decir como fué premiado mi celo, al haber entendido todo lo contrario de lo que se me habia ordenado.

En otra ocasion me dijo el Padre:

—Tráeme un vaso de agua de la *banga*, y ponle un caramelo y unas gotitas de vino.

Y para cumplir el mandato empecé por echar el caramelo y el vino dentro de la *banga*, servir despues el agua en un vaso en el que tenia metidos los dedos.

—Corre esa cortina, que me molesta el sol,—me mandó otra vez el Padre—Yo no entendí la orden y me quedé inmóvil como un estátua, y le obligué á repetir las palabras:—Que corras, hombre, la cortina.—Todavía lo de *cortina* era oscuro para mi, pero no así lo de *corre*, y cumpliendo esto al pié de la letra, eché á correr desatentado por los claustros, creyendo con ello dar gusto y obedecer á mi amo.

Otra noche que habia reunidas una porcion de personas en la habitacion de mi amo y que discutian acaloradamente sobre no se qué materia:

—Entra ahí—me dijo el Padre señalando su habitacion de dormir—y saca el cajon entero de la consola y tráemelo: voy á buscar allí un papel que necesito.

Entré en efecto en el cuarto; pero la terminacion de la voz consola me sonó de un modo tan original, que busque en una pequeña mesa que suele haber á la cabecera de las camas, una vasija de uso bien comun, saqué el cajon de la mesita, lleno por cierto de papeles, y llevé el todo en medio de la reunion, que me recibió con la más estupenda carcajada.

«Para muestra basta un boton» dice el refran, y no quiero cansar á mis lectores con nuevos ejemplos de *sagacidad* del cali-

bre de los anteriores, aunque fueron tantos y tan repetidos, que bien pudiera llenar este número entero de la *Revista*.

El P. estaba, con todo, satisfecho de mis adelantos, y un día dijo á Brígido que ya era tiempo de ir pensando que ingresara yo en una de las clases, haciéndole observar por cierto al mismo tiempo, que me encontraba algo sucio y abandonado:

—Así mismo Padre—contestó el hijo de Ciriaco—pero es que muy torpe también este Pitoy.

—Pues á tí te toca enseñarle y hacerlo primoroso.

—¡Ay, Padre, trabajo! Muchas veces también lo he reñido con él por eso, y no hace caso.

Estuve por levantarme y abofetear á aquel bribon, que con tan inaudito descaro me hacía único responsable de un estado de abandono del que solo él tenía la culpa.

Desde entonces empecé á mirar á Brígido con peores ojos, y me propuse obrar por mi cuenta.

Al día siguiente, haciendo extraordinarios esfuerzos para que me pudiera comprender, hablé al P. y le manifesté mis deseos de aprender latin; le dije lo que conocía del castellano, leí á su vista con gran torpeza en la mugrienta cartilla que poseía, y le expresé, por último, la serie de trabajos que sobre mi pesaban.

Mi amo me acogió con su bondad sempiterna, me regaló una gramática, me animó á continuar en el estudio y dispuso que desde el siguiente día asistiera á la cátedra.

En esta conversacion tuve por fuerza que delatar algunas ausencias de Brígido, y no tardé en recibir el pago.

*Mi protector* me cojió aquella tarde en un rincon del pátio, y me abofeteó cruelmente: le tuve miedo. Furioso, con los ojos encendidos, descargaba golpes atroces sobre mi cuerpo, por el sólo delito de haber dicho la verdad, que á él no le convenia. Hubo verdadera ceguedad en aquel castigo injusto é inmerecido, y he comprendido por observaciones posteriores, que el indio llega á un grado de crueldad bárbara, con el infeliz á quien físicamente domina.

Esta falta de compasion, de delicadeza de sentimientos, es aun más marcada con los pobres animales, que solo pueden oponer débiles resistencias inspiradas por el instinto, á castigos ó tratamientos horribles.

El hombre en el estado salvaje es la peor de las fieras: la educacion es la que

modifica esos sentimientos de crueldad, de los que se ven hartos ejemplos en los países donde no ha llegado aun la luz de la civilizacion cristiana: pues bien, el natural de humilde esfera, no tiene aun educado el sentimiento: hay ciertas delicadezas de consideracion, que no han brotado aun en su pecho y que son como reminiscencias de un estado primitivo, que el trato de gentes y los buenos ejemplos y consejos no han logrado todavia extirpar.

El ensañamiento brutal con ciertos animales indefensos, es una cobardia de las más punibles: esto no lo comprendemos. Un gato bañado en petróleo ó en brea á la que prendemos fuego, es un espectáculo que no nos commueve: lo hacemos por diversion. Los horrosos maullidos del pobre animal, que huye, se retuerce, se revuelca bajo aquella coraza de llamas que lo achicharra vivo, nos inspiran las más ruidosas carcajadas.

Desplumar una paloma, un pollo ó una gallina vivas, es frecuentísimo: si el ave sobrevive á este bárbaro despojo de su única vestimenta, lo soltamos en el pátio ó la azotea, y nos reimos, como estúpidos, de la triste facha del bicho, así metamorfoseado.

Descargar un bolazo sobre un perro y partirle la espina dorsal; amarrarlo á una estaca ó á un harigue de la casa y apalearlo porque ahulla ó se queja de su encadenamiento; cortarle otras veces el rabo ó las orejas cuando ya se cae de viejo, son cosas también que hacemos impasiblemente.

Por las calles de Manila pasan diariamente caballos moribundos tirando de estropeadas calesas, para los cuales no hay más que raciones de palo: hay penca de esos que sólo ha comido en tres días diez manojos de zacate, que ha recorrido durante ese tiempo trayectos equivalentes á diez leguas, que ha hecho ganar á su amo cinco ó seis pesos, y que al fin se muere de hambre y de fatiga en medio de la calle. Yo he visto en la provincia de Bulacan alimentar á un caballo de carromata durante una semana entera, con dos reales por todo gasto, invertidos en grama comprada de cuatro en cuatro cuartos á orilla del camino: este animal anduvo tres veces durante ese tiempo, de ida y vuelta, la distancia que separa las cabeceras de las provincias de Bulacan y Nueva Ecija, que no es menor de once leguas.

Pero en medio de este cruel tratamiento, por término general, para todos los animales, hay uno de ellos que obtiene casi sacratísimos privilegios: no hay regla sin excepcion, y la excepcion en este caso es el gallo.